

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## LA INMACULADA, MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

La virginidad  
de María y  
la fe cristiana

Maternidad  
divina y  
maternidad  
espiritual

La devoción  
al Sagrado  
Corazón en el  
pontificado de  
Juan Pablo II

Cristo y Europa



TOTA PVLCHRA ES, MARIA

«Se encarnó de la santa gloriosa Madre  
de Dios y siempre Virgen María,  
y nació de ella.»

## Sumario

La virginidad de María y la fe cristiana <i>Francisco Canals Vidal</i>	3
Conexión entre la maternidad divina y la maternidad espiritual <i>Juan M<sup>o</sup> Cascante</i>	5
La fe en la virginidad de María. Testimonios de la Iglesia a través de los siglos	8
María, esperanza de la Iglesia	13
Los 25 años de pontificado de Juan Pablo II y la devoción al Corazón de Jesús (I) <i>Ignacio M<sup>a</sup> Azcoaga Bengoechea</i>	15
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (X). El libro «La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo», del padre Croiset, da a conocer la vida de la hermana Margarita María <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	20
Conciencia existencial del yo y conocimiento por connaturalidad <i>Francisco Canals Vidal</i>	24
Cristo y Europa <i>Anselmo A. Navarrete</i>	29
La Sagrada Familia, un maravilloso ejemplo (homilía) <i>Antonio M.<sup>a</sup> Rouco Varela</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	39
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	41
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	42
De otras fuentes	44
Hace 50 años <i>J. M.<sup>a</sup> P. S.</i>	45

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@eic.ictnet.es](mailto:regnat@eic.ictnet.es)

Imprime: Fundación Ramón Orlandis - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

**E**NTRAMOS este año 2004 en el ciento cincuenta aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María. El primer fundamento que la Santísima Trinidad pone en esta criatura humana es, en el orden de la gracia, el hacerla inmaculada, libre de toda mancha de pecado alguno, desde su concepción.

Y esta gloria insigne de María, que el pueblo cristiano afirmaba unánimemente antes que muchos teólogos, fue declarada verdad de fe por el beato Pío IX el 8 de diciembre de 1854.

El misterio de la Inmaculada se ordena al misterio supremo de la maternidad divina de María, pues no podía haber estado sometida al poder del demonio la que había de ser madre de Dios. María es, en efecto, no sólo la madre de Jesús sino la madre de Dios, tal como quedó expresado en el primer canon del concilio de Éfeso el año 431: «Si alguno no confiesa que Dios es según verdad el Emmanuel, y que por esto la santa Virgen es madre de Dios (pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne), sea anatema».

La Iglesia ha dispuesto en su reforma litúrgica postconciliar que sea el primero de enero el día que se celebre expresamente este misterio, de forma que el año civil se inicie siempre con esta afirmación central que implica la real encarnación del Verbo de Dios, Hijo de Dios consustancial al Padre, en las purísimas entrañas de la Virgen María por obra del Espíritu Santo tal como lo reiteró, entre otros, el Concilio de Letrán, que el lector encontrará en este número.

He aquí los tres grandes misterios marianos: la virginidad perpetua, la maternidad divina, la inmaculada concepción. Pero la proclamación de María como «Madre de la Iglesia» implica su maternidad espiritual sobre todos los cristianos, como explicaba en un sobrio y razonado estudio el gran mariólogo Mn. Cascante. Jesús en la cruz nos la dio como madre en el orden de la gracia, para que cumpliera en su cuerpo místico lo que Ella había sido para Él, según la atrevida pero certera enseñanza inspirada de san Luis M<sup>a</sup> Grignon de Montfort: María no dio a luz un monstruo, una cabeza sin cuerpo.

También celebra la Iglesia este mes de enero la fiesta de santo Tomás de Aquino y a esta celebración se une muy particularmente nuestra revista. En este número se incluye un original artículo de nuestro redactor Francisco Canals acerca de la doctrina tomista sobre «la conciencia existencial del yo» como fundamento y posibilidad de todo conocimiento esencial ulterior. El tomismo no ha sido nunca, pese al falso tópico, un intelectualismo. Es por esta íntima presencia del alma a sí misma por la que poseemos memoria de nosotros mismos y de nuestros actos y nos abrimos al conocimiento de todo el mundo y, en particular, de Dios al que podemos conocer como puro espíritu por analogía con nuestra propia alma.

Iniciamos también en este número la publicación de un documentado estudio de Ignacio Azcoaga de recopilación de la doctrina expresada por el actual pontífice Juan Pablo II acerca del inefable misterio del Corazón de Jesús, a cuya profundización y difusión se ordena la razón de ser de la revista CRISTIANDAD.

# La virginidad de María y la fe cristiana\*

FRANCISCO CANALS VIDAL

EL nombre de María, la Madre de Dios, es inseparable en el lenguaje cristiano de la palabra *Virgen*, observaba ya en el siglo IV san Epifanio; y así ha permanecido a lo largo de las generaciones que la han aclamado bienaventurada.

«La Virgen» es, en castellano, el término que designa propia y exclusivamente a María. Las Iglesias orientales de liturgia bizantina la llaman con la mayor frecuencia «la Gloriosa y siempre Virgen María Madre de Dios».

Todo el lenguaje que expresa las «tradiciones apostólicas y eclesiásticas», el de la liturgia a través de los siglos y en la variedad de ritos y de lenguas, y las expresiones cotidianas de los fieles cristianos, han permanecido acordes, con el magisterio y la teología, con la fuerza de la verdad revelada.

Porque la virginidad de María, Esposa del Espíritu Santo, Madre de Dios Hijo, es propuesta por la Iglesia como divinamente revelada, y así la recibe el pueblo cristiano y la cree con «fe divina y católica».

Con fe divina y católica tiene que ser creído todo lo que está en la Palabra de Dios escrita o transmitida por la Tradición, y que es propuesto por la Iglesia como divinamente revelado, ya sea por un juicio solemne, ya sea por su magisterio ordinario y universal.

Juicio solemne es la definición dogmática dada por un concilio ecuménico o por el Papa enseñando ex-cátedra. Es accidental que una verdad revelada se proponga como tal a través del magisterio ordinario o a través del magisterio extraordinario y solemne.

\* Reproducido de *Cristiandad*, núm. 563-564, de enero-febrero de 1978, pp. 3-5.

Todo lo que la Iglesia propone como de fe, ordinaria o extraordinariamente, ha de ser creído con fe divina y católica, y quien rechaza pertinazmente o pone en duda alguna verdad que ha de ser creída con fe divina y católica incurre en herejía.

Distingamos entre herejía y apostasía. El hereje quebranta la integridad de su fe cristiana, a la que por otra parte profesa permanecer fiel, y sostiene que es su doctrina la que expresa la revelación divina. El apóstata se aparta totalmente de la fe, no quiere ya profesarse cristiano, o tal vez usurpa el nombre de cristiano para encubrir enseñanzas y doctrinas hostiles y enfrentadas a la revelación divina y al Evangelio de Cristo.

La virginidad de María se contiene expresada, a lo largo de los siglos, reiteradamente en textos expresivos de la fe de los cristianos. Desde los primeros siglos, hasta el Credo del Pueblo de Dios de Paulo VI, pasando por declaraciones y definiciones conciliares, tales como las de Toledo, y la del Concilio de Letrán del año 649, presidido por el papa san Martín I, la mención de María Virgen, de María siempre Virgen, ha estado siempre unida a la profesión de fe en Jesucristo, el Hijo de Dios nacido eternamente del Padre, y nacido con nueva natividad en el tiempo del seno virginal de María por obra del Espíritu Santo, hecho hombre por nosotros para nuestra salvación.

Precisamente, si no se ha tenido que dar, a lo largo de los siglos, un acto de magisterio extraordinario, un juicio solemne de un concilio ecuménico o una enseñanza pontificia ex-cátedra, es porque en la historia de la Iglesia no ha habido corrientes doctrinales influyentes en el pueblo cristiano, de ca-





rácter propiamente «herético», que hayan negado la concepción de Cristo por obra del Espíritu Santo y la virginidad de María. Negar la virginidad de María ha sido pocas veces cosa de «herejes», y ha sido siempre empeño característico de los apóstatas y de todos los enemigos de la fe cristiana.

Las más importantes herejías que han escindido el mundo cristiano, pero que se han mantenido expresando la voluntad de conservar la fe verdadera en Cristo, han creído en la concepción virginal de Cristo y en la virginidad perpetua de su Madre.

No sólo los «monofisitas» –armenios, jacobitas y coptos de Egipto y de Abisinia–, sino los mismos nestorianos, han mantenido la profesión de esta verdad que por ellos pasó incluso a los musulmanes. San Cirilo de Alejandría, que tuvo que vindicar frente a Nestorio –que escindía la unidad de Cristo–, el título de Madre de Dios para María, no tuvo que defender su virginidad frente a él. En cuanto a las Iglesias orientales separadas de carácter «ortodoxo», no hay que insistir en el fervor de su fe en María Virgen Madre de Dios.

Las grandes herejías de Occidente, las que separaron a los protestantes de la Iglesia católica, conservaron la fe en el nacimiento de Cristo por obra del Espíritu Santo de María Virgen, que expresaron en sus fórmulas o «confesiones», y se contiene en los artículos que en el siglo XVI expresaron la fe de la Iglesia de Inglaterra.

La negación de la virginidad de María se ha dado propiamente en dos líneas doctrinales: es la primera la que los Santos Padres de los primeros siglos designaban siempre como «error judío». El error de los «ebionitas» y de Cerinto, negador de la divinidad de Jesucristo, a quien consideraban como un puro hombre.

El «error judío» se enfrentaba totalmente al Evangelio, desconociendo el misterio de la Redención, ignorando la economía de la gracia, y convirtiendo la promesa mesiánica en esperanza de un reino terreno.

Sectas como los anabaptistas de Munster, o como las que han renovado en nuestro tiempo este «milenarismo», han de ser consideradas ciertamente como las herederas del antiguo «ebionismo».

Pero el error judío no surge del mundo cristiano, a través de una caída o desintegración en la fe, sino que incide en él, intentando suplantar la idea del reino y negando la divinidad de Jesucristo y, por lo mismo, la Trinidad. Cerintianos y ebionitas habían de ser bautizados al convertirse a la fe católica, aunque lo hubiesen sido en su secta. La Iglesia rechazaba en cambio que tuviesen que ser rebautizados los que hubiesen recibido el bautismo por parte de los herejes. Cerintianos y ebionitas estaban totalmente fuera del cristianismo, y, al «bautizar» no podían hacerlo con la intención con la que lo hace la Iglesia.

Su «bautismo» era pues inválido e inexistente como bautismo cristiano.

La segunda línea doctrinal que ha negado la virginidad de María –juntamente con la resurrección de Cristo, la vida eterna, la divinidad de Cristo y la Trinidad, y la trascendencia y personalidad de Dios–, ya no procede de una interpretación de la Biblia desde un desorientado espíritu de anticristianismo «judío». Aludimos a la corriente que en los siglos modernos, y a través de sutilezas y cavilaciones de falsas filosofías, pero presentándose a veces con pretendido nombre cristiano, se enfrenta a toda sobrenaturalidad, al carácter divinizante de la economía de la Redención, a la conciencia del pecado del hombre y al reconocimiento de la justicia y misericordia de Dios.

Aunque disfrazada con términos tomados de la tradición cristiana, radicalmente transformados en su sentido y orientación, se trata de una concepción antropocéntrica y antiteísta. En el mundo protestante esta corriente se llama a sí misma «liberal» y califica de «conservador» al cristianismo «histórico» o tradicional, es decir, el que se apoya en una auténtica fe. El cristiano liberal no cree en la Trinidad, sino que interpreta el lenguaje trinitario como expresión de una «experiencia religiosa».

Interpreta como símbolos la resurrección de Cristo y la virginidad de María, que niega en su sentido «físico» o «biológico». No se orienta a la eternidad, sino que niega la inmortalidad del alma y la vida eterna, y reduce el cristianismo a un horizonte social e histórico.

En el mundo católico esta corriente es la que condenó el papa san Pío X con el nombre de «modernismo», y que en los últimos lustros ha avanzado nuevamente cada vez en forma más devastadora.

A principios del siglo XVI, un falso cristianismo, precedente del deísmo y racionalismo posteriores, se presentó con el nombre de «unitarismo».

El papa Paulo IV, al condenarlo en 1555, afirmó que aquellos hombres, en su protervia e iniquidad, no sólo se atrevían a profesar diversas herejías, sino que negaban los fundamentos mismos de la fe: la Trinidad, la divinidad de Jesucristo, su concepción por obra del Espíritu Santo y no por obra de varón, la muerte redentora en la Cruz, la maternidad divina y la perpetua virginidad de María.

Quien negase la virginidad de María, aunque quisiese continuar profesando la fe en la divinidad de Jesucristo y en la Trinidad, sería hereje.

Pero sería un caso singular y raro en la historia de la Iglesia. La virginidad de María la han negado: los «judíos» que no han creído que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios, y los «anticristianos» enfrentados, desde el orgullo de un antropocentrismo antiteísta, a la revelación y a la gracia de Cristo.

# Conexión entre la maternidad divina y la maternidad espiritual\*

JUAN M.<sup>a</sup> CASCANTE, PBRO.

EN la presente época de revalorización de los estudios mariológicos no podían faltar trabajos que intentaran llegar a coordinar los distintos puntos de doctrina mariana a fin de construir orgánicas síntesis que mostraran a plena luz la sabiduría que rige en los planes de Dios.

El tema que encabeza este artículo y que fue estudiado por la Sociedad Mariológica Española, en su XVIII Asamblea anual celebrada este año en Lourdes dentro del magno Congreso Mariológico Internacional, puede considerarse un trabajo de este tipo, y de capital importancia, porque la conexión que existe entre estas dos grandes prerrogativas marianas: la divina maternidad y la maternidad espiritual, resulta ser uno de los puntos clave de toda la ciencia mariológica. En efecto, si es posible encontrar el íntimo nexo que une a muchos privilegios de María con su dignidad de Madre de Dios, tales como la Inmaculada Concepción, la Realeza, la Asunción, etc.; no aparece, en cambio, la exigencia de una íntima vinculación entre el privilegio de ser Madre de Dios y el de ser colaboradora directa en la obra de salvación sobrenatural de la humanidad realizada por Cristo. Si se llega a encontrar este íntimo nexo, se habrá logrado la unidad de toda la mariología, se habrá realizado la completa síntesis de todos los privilegios marianos.

Que exista entre las dos maternidades de María una cierta relación es cosa que hoy no puede negar-



se, después de la multitud de textos pontificios que claramente la afirman. Mas esto no es suficiente para el teólogo; quiere él buscar cuál sea la razón de esta relación, qué íntimo nexo une ambos privilegios y qué realidades lo justifican. Para comprender el interés de esta búsqueda bastará exponer los extremos que pueden presentar las explicaciones posibles. La primera explicación extrema sería poner un mero decreto divino, sin ninguna conveniencia real. Dios lo ha querido así, sin más. No cabe en este caso buscar razones que justifiquen tal relación, porque

no existen. Es un secreto arcano de Dios el saber por qué lo ha querido así, no hay ninguna razón que nos lo indique.

Tal postura, sería sin duda errónea, pero podría admitirse. En este caso es inútil —ya desde el principio— buscar una explicación al hecho de que exista una relación entre ambos privilegios marianos. La labor del teólogo, en tal caso, sería muy poca: constatar simplemente el hecho y llegar a demostrar que no existe explicación ninguna.

El otro extremo posible sería admitir una exigencia absoluta, que podría enunciarse de este modo: si es Madre de Dios tiene por ello que ser forzosamente la Madre espiritual de los hombres. También es falsa esta posición, pero podría en cierto modo admitirse sin que la Iglesia la prohibiera.

A fin de hallar la verdadera explicación del problema que estudiamos, creemos que resultará un buen método escrutar con todo detalle las expresiones de los textos pontificios, buscando en ellos la pauta que nos guíe hacia la recta solución.

Muchos son los textos del magisterio eclesiástico que hablan de una relación entre estas dos maternidades de la Virgen, pero donde se encuentra más explícito el pensamiento de la Iglesia, en este punto,

\* Reproducido de *Cristiandad*, núm. 335, de enero de 1959, pp. 142-144. El artículo es un resumen de la ponencia que el Dr. Cascante, eminente mariólogo y colaborador de esa revista, presentó al X Congreso Mariológico Internacional, que se reunió en Lourdes en el mes de septiembre de 1958.

es en la famosa encíclica de Pío X, *Ad diem illum*, y en un discurso de Pío XII dirigido al Congreso mariano de Ottawa. En ambos casos el argumento de los papas viene a ser el mismo: que María por ser Madre de la Cabeza, es al mismo tiempo Madre del Cuerpo Místico. La razón que aducen es que María concibió al Hijo de Dios para que fuera hombre y para que fuera, por la naturaleza que tomaba, Salvador de todos los hombres. De modo que puede decirse sin exageración que la Virgen en su seno, junto con su divino Hijo, nos llevaba a todos nosotros, a todos aquellos cuya vida se contenía en la vida del Salvador. Ella es Madre nuestra porque es Madre de Aquel con quien hemos sido hechos «uno» por su capitalidad.

Esta es la doctrina pontificia casi con sus mismas palabras. Tratemos ahora de explicar, en lo posible, cómo se deriva la maternidad espiritual de la divina. Para ello hace falta probar dos cosas: que Cristo por el hecho de ser cabeza de la humanidad ya nos salva, nos da la vida sobrenatural y que María influye en esta vivificación sobrenatural con una acción, o causalidad que se puede llamar propiamente maternal.

Sabido es de todos que la salvación de la humanidad se realiza por el sacrificio cruento del Calvario, en donde Cristo, en nombre nuestro, expía los pecados y nos rescata al precio de su divina sangre. Mas puede, también, hablarse de una salvación en el momento de hacerse hombre. La razón es la siguiente: para que Jesucristo pudiera redimirnos, expiar en nombre nuestro, se requería que nosotros estuviéramos incorporados a Él, que Él se hiciera «uno» con nosotros. Ahora bien, esta solidarización se realizaba en el momento de tomar nuestra naturaleza, en el momento de ser engendrado. En el primer instante de la existencia de Cristo, toda la humanidad le queda incorporada. Él nos representa ante Dios, en nuestra condición de pecadores, y nosotros recibimos el derecho a participar de la gracia y santidad que Él posee por derecho propio. Ciertamente que esta gracia ha de ser conquistada, ganada por la Pasión, pero la posibilidad de recibirla, la capacidad de insertarnos de nuevo en la corriente de la gracia, ya se ha obtenido en la Encarnación. Se puede hablar, pues, con toda verdad de una virtual salvación en el momento de tomar carne el Verbo.

Falta detallar el segundo punto; o sea, que María interviene activamente en esta virtual salvación, y que su acción es una acción maternal. Que María interviene es cosa cierta por el testimonio explícito de los papas. Ella —viene a decir Pío X— comunicaba al Verbo el cuerpo «espiritual», de los que habían de creer en Él, para venir también entonces a la vida.

La explicación de esta idea resulta relativamente fácil. María comunicaba al Verbo este cuerpo «espi-

ritual», o futuro Cuerpo místico, sin vida aún, para que fuera vivificado por el contacto con el Verbo que entonces se encarnaba. Que María representara, en aquel instante, a toda la humanidad es idea cara a la tradición cristiana y que viene refrendada por el testimonio de muchos documentos pontificios. León XIII, por ejemplo, dice que María en aquel momento obraba en persona de todo el género humano. Tal acción de María es una acción maternal y guarda pleno paralelismo con la acción de María en la generación del Verbo humanado.

En efecto, María es Madre de Cristo porque produjo, con el concurso del Espíritu Santo, una naturaleza humana que debía unirse —en el primer instante de su ser— con la divinidad en la persona del Verbo. La acción de María en este caso fue cooperar —en el orden humano físico, en el orden moral psicológico y con actos de orden sobrenatural— en la concepción del Verbo hecho hombre, pero ella no hizo la unión hipostática.

Paralelamente, ella actúa en otra actividad, que puede llamarse también generación, y que explica el título de Madre de los hombres. María, en este caso, coopera a nuestra salvación entregando el Cuerpo Místico sin vida al Verbo que se encarna. Cooperando, también, con sus actos morales de asentimiento y con los actos sobrenaturales de fe y amor que secundan los planes de Dios que ella ha conocido por revelación. Esta acción de María, cooperando a la acción divina, es para que la humanidad reciba la vida sobrenatural que el Verbo humanado le comunicará, virtualmente ahora y de un modo real en la Cruz.

Tal creemos que es la genuina explicación del nexo que une la maternidad espiritual con la divina, y que da razón a las terminantes afirmaciones de los textos pontificios.

Parece que se podría dar aquí por terminado este estudio, pero quedan todavía algunos puntos por aclarar que atraen la atención del teólogo. ¿Por qué María debe cooperar junto a la Cruz con Cristo en la real comunicación de la vida sobrenatural al Cuerpo místico? ¿Cuál es el lazo que liga los diferentes estadios de la maternidad espiritual de María? ¿Las palabras de Jesucristo moribundo en la Cruz, que proclaman a María Madre espiritual de Juan y de los demás redimidos, son simplemente la manifestación de su voluntad, o bien obedecen a que existe una real aportación de María en la Cruz que completa la maternidad de María sobre las almas?

Estos son los interrogantes que se abren a la mente ansiosa de hallar la verdad en toda su amplitud. Intentaremos exponer brevemente nuestra opinión.

Lo primero que se nos ocurre es el paralelismo y la armonía que deben existir en los planes de Dios. Ciertamente parecería ilógico que Dios hubiera que-

rido hacer a María Madre nuestra, que se hubiera contentado con una acción maternal radical o incoactiva, y que no hubiera querido el ulterior desarrollo de la plena maternidad en el momento cumbre de ganar para las almas la vida sobrenatural, y en el momento definitivo de comunicar a cada hombre individualmente, esta vida sobrenatural. Esto es muy cierto y puede bastar para orientar la búsqueda, pero no para descansar como poseyendo la solución completa. Se impone, ante todo, buscar la certeza de una colaboración de la Virgen en el momento del sacrificio redentor, y de una acción especial de índole maternal en el momento de comunicar la gracia a las almas. Una vez constatada la realidad de esta colaboración, queda todavía por explicar el modo como se han desarrollado los planes de Dios de forma que se encuentre un hilo conductor que vaya enlazando suavemente el privilegio de la maternidad divina de María con los diversos estadios de su maternidad espiritual. Solamente así nos hallaremos ante la perspectiva global de todo el programa divino sobre María. Aparecerá entonces, a plena luz, la coherencia interna y la maravillosa concatenación que liga los distintos privilegios de la Santísima Virgen.

La existencia de una estrechísima asociación de la Virgen con Cristo, en toda la economía sobrenatural, es algo que hoy puede admitirse sin dudas, después de las múltiples afirmaciones que en este sentido nos ofrece el magisterio ordinario de la Iglesia. Constantemente sale al paso, en los documentos pontificios, la existencia de esta especial asociación bajo los más variados nombres. Hay por consiguiente una explícita voluntad de Dios en hacer intervenir a María directamente, al lado de su divino Hijo, en toda la obra de vivificación sobrenatural de las almas. Que esta asociación la lleve a intervenir activamente en el acto redentor fundamental, de la muerte dolorosa de Cristo en la cruz, es algo que se desprende continuamente de los textos de los papas. Queda solamente por investigar el modo seguido por la Sabiduría divina en aptar a la Madre de Dios para que pudiera con toda propiedad y aptitud ser Madre de los hombres.

Algunos autores se han contentado en buscar a esta capacitación de María para ser Madre espiritual una explicación psicológica. Estos autores ven en la caridad y plenitud de gracia, que la Virgen posee en virtud de su cualidad de Madre de Dios, como una disposición y casi exigencia a ser la Madre de los hombres. Nos parece que esta solución es verdadera, pero incompleta. Podría admitirse, a nuestro juicio, solamente en esta forma: si Dios quiere que alguien colabore activamente con Cristo en la obra de la Redención, nadie posee mayores posibilidades que su divina Madre.

Esta aseveración es bien cierta, pero no basta

para mostrarnos la íntima coherencia que, en la realización concreta actual, existe entre las dos maternidades.

Nuestra opinión personal es que Dios determinó que María recibiera –como don que la aptara para ser una digna Madre de Dios– una participación de las cualidades que son propias de Cristo por su unión hipostática. Es decir, que así como competen a Cristo la primacía sobre todo lo que es gracia, la cualidad de representar a los hombres ante Dios y la posibilidad de satisfacer por ellos, así también María hubiera recibido de Cristo, una como participación de su realeza, de su sacerdocio y de su capitalidad. Esta participación, que recibía María, se hacía como don que la aptaba para ser dignamente Madre del Verbo.

Admitida esta opinión –que tiene a su favor el testimonio de los pontífices en cuanto a la existencia en María de esta triple realidad participada de Cristo– el enlace que liga a las dos maternidades es intrínseco y connatural.

En efecto, las cualidades dichas que posee Cristo por ser Dios y hombre conjuntamente, son las que le constituyen en Redentor. Si María las recibía en participación, para ser digna Madre de Dios, se deduce que el mismo don que la constituye en Madre de Dios es el que la constituye en Corredentora, o asociada activamente en la obra redentiva de su divino Hijo. María, que empieza a ser Madre de los hombres en el momento de la Encarnación, tiene también que participar en la real salvación de los hombres obtenida en la cruz (realizando entonces plenamente su maternidad universal de todos los hombres) y tiene que participar, asimismo, en la comunicación a cada individuo de la vida sobrenatural.

Tal es el conjunto de los elementos que integran el plan completo de la intervención de María en la Salvación de los hombres ejerciendo una función típicamente maternal. Plan que muestra la íntima conexión entre las dos maternidades, que veíamos enunciada por los papas, y que vemos ahora realizada en el desarrollo presentado, desarrollo que sigue la línea de las enseñanzas pontificias.

El conocer los fundamentos de la maternidad espiritual despertará en nuestras almas una confianza plena en esta prerrogativa mariana. Esta prerrogativa que Dios mismo ha escogido para su Madre. Este conocimiento servirá para robustecer la inclinación innata que sienten todos los cristianos, que se ven impelidos, por una fuerza interior, a vivir para con la Santísima Virgen en una postura de infancia espiritual. Infancia espiritual que es exigida por el Salvador como condición ineludible para entrar en la morada eterna: «En verdad os digo que si no os hicieris semejantes a los niños no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18,3).



# La fe en la virginidad de María

## *Testimonios de la Iglesia a través de los siglos*

### POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Del Símbolo de san Epifanio, en su forma más larga incluido en su libro *Ancoratus* (376)

... se encarnó, es decir, fue perfectamente engendrado de santa María siempre Virgen por obra del Espíritu Santo, se hizo hombre, es decir, tomó al hombre perfecto, alma, cuerpo e inteligencia y todo cuanto el hombre es, excepto el pecado, no por semen de varón, ni en el hombre, sino formando para sí mismo la carne de una sola y santa unidad, no a la manera que inspiró, habló y obró en los profetas, sino haciéndose perfectamente hombre, porque el Verbo se hizo carne.

### LA NEGACIÓN DE LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA, «PERFIDIA JUDAICA»

Carta a Anysio, obispo de Tesalónica, atribuida al papa san Siricio, y por otros a san Ambrosio (392).

A la verdad, no podemos negar haber sido con justicia reprendido el que habla de los hijos de María, y con razón ha sentido horror vuestra santidad de que del mismo vientre virginal del que nació, según la carne, Cristo, pudiera haber salido otro parto. Porque no hubiera escogido el Señor Jesús nacer de una virgen si hubiera juzgado que ésta había de ser tan incontinente que, con semen de unión humana, había de manchar el seno donde se formó el cuerpo del Señor, aquel seno, palacio del Rey eterno. Porque el que esto afirma, no otra cosa afirma que la perfidia judaica de los que dicen que no pudo nacer de una virgen.

Porque aceptando la autoridad de los sacerdotes, pero sin dejar de opinar que María tuvo muchos partos, con más empeño pretenden combatir la verdad de la fe.

### LA INVOLADA VIRGINIDAD DE MARÍA

De la carta dogmática del papa san León Magno a Faviano, obispo de Constantinopla (13 de junio de 449) sobre la Encarnación del Verbo, contra la herejía de Eutiques.

Entra, pues, en estas flaquezas del mundo el Hijo de Dios, bajando de su trono celeste, pero no alejándose de la gloria del Padre, engendrado por nuevo orden, por nuevo nacimiento. Por nuevo orden: porque invisible en lo suyo, se hizo visible en lo nuestro; incomprendible, quiso ser comprendido; permaneciendo antes del tiempo, comenzó a ser en el tiempo; Señor del universo, tomó forma de siervo, oscurecida la inmensidad de su majestad; Dios impasible, no se desdeñó de ser hombre pasible, e inmortal, someterse a la ley de la muerte. Y por nuevo nacimiento engendrado: porque la virginidad inviolada ignoró la concupiscencia, y suministró la materia de la carne. Tomada fue de la madre del Señor la naturaleza, no la culpa; y en el Señor Jesucristo, engendrado del seno de la Virgen, no por ser el nacimiento maravilloso, es la naturaleza distinta de nosotros.

### NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR, FRUTO DE UNA MADRE VIRGEN

Sermón de Navidad, del papa san León Magno (440-451)

En todos los días y tiempos, queridísimos, deben acordarse los fieles... del nacimiento de Nuestro Señor y Salvador, fruto de una madre virgen... No sólo ante nuestra memoria, sino que, en cierto modo, ante nuestros mismos ojos, tiene lugar el coloquio del ángel Gabriel con María, llena de estupor, y aquella concepción por obra del Espíritu Santo, en la cual tan admirable fue la promesa que la anunció, como la fe con que ésta fue creída. En verdad que hoy el autor del mundo fue concebido en el seno de una virgen y aquel que creó todas las naturalezas se hizo hijo de la que Él creó...



## LA GLORIOSA SIEMPRE VIRGEN MARÍA

De la carta tercera (marzo de 534) a los senadores de Constantinopla, del papa Juan II

En cuanto a la gloriosa santa siempre Virgen María, rectamente enseñamos ser confesada por los católicos como propia y verdaderamente engendradora de Dios y Madre de Dios Verbo de ella encarnado.

Porque propia y verdaderamente Él mismo, encarnado en los últimos tiempos, se dignó nacer de la santa y gloriosa Virgen María. Así, pues, puesto que propia y verdaderamente de ella se encarnó y nació el Hijo de Dios, por eso propia y verdaderamente confesamos ser Madre de Dios de ella encarnado y nacido; y propiamente primero, no sea que se crea que el Señor Jesús recibió por honor o gracia el nombre de Dios, como lo sintió el necio Nestorio; y verdaderamente después, no se crea que tomó la carne de la Virgen sólo en apariencia o de cualquier modo no verdadero, como lo afirmó el impío Eutiques.

## LA SANTA GLORIOSA MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA

Del Concilio II de Constantinopla, V Ecuménico. Sesión VIII. 2 de junio de 533, canon II.

Si alguno no confiesa que hay dos nacimientos de Dios Verbo, uno del Padre, antes de los siglos, sin tiempo e incorpóralmente; y otro en los últimos días, cuando Él mismo bajó de los cielos, y se encarnó de la santa gloriosa madre de Dios y siempre Virgen María, y nació de ella; ese tal sea anatema.

## PERMANECIÓ VIRGEN DESPUÉS DEL PARTO

Del Concilio de Letrán (649), contra la herejía monotelita, presidido por el papa san Martín I. Canon II.

Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según verdad por madre de Dios a la santa y siempre Virgen María, como quiera que concibió en los últimos tiempos sin semen por obra del Espíritu Santo al mismo Dios Verbo propia y verdaderamente, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo ella, aún después del parto, en su virginidad indisoluble, sea condenado.

## LA INTACTA VIRGINIDAD, FECUNDADA POR EL ESPÍRITU SANTO

Del Símbolo de la Fe aprobado por el XI Concilio de Toledo (675).

Creemos que de estas tres personas sólo la persona del Hijo, para liberar al género humano, asumió al hombre verdadero, sin pecado, de la santa e inmaculada María Virgen, de la que fue engendrado por nuevo orden y por nuevo nacimiento. Por nuevo orden, porque invisible en la divinidad, se muestra visible en la carne; y por nuevo nacimiento fue engendrado, porque la intacta virginidad, por una parte no supo de la unión viril y, por otra, fecundada por el Espíritu Santo, suministró la materia de la carne.

## CONSERVÓ VIRGEN... A LA QUE LE DIO A LUZ SOBRENATURALMENTE E INEFABLEMENTE

De la profesión de fe de Nicéforo, patriarca de Constantinopla, aceptada en el año 811 por el papa san León III (795-816).

Pues habiendo habitado [Jesucristo] en el seno de la Virgen, que como real y verdadera Madre de Dios le proveyó con el Espíritu Santo de alma y carne, y habiéndose tomado de ella todo lo nuestro como al principio plasmó al hombre, salió Dios encarnado, permaneciendo todo lo que era Dios.

Habiendo conservado virgen, aún después del alumbramiento, a la que le había dado a luz sobrenatural e inefablemente, en modo alguno trocada la virginidad según la naturaleza... Pues el connatural al Padre, el que fue consustancial a nosotros en todas las cosas fuera del pecado, participa del semen de Abraham.

Acepto y pido las oraciones y patronazgos ante Dios: primera y principalmente las de la toda pura e inmaculada y siempre Virgen Señora nuestra Madre de Dios.

## EL VERBO DE DIOS NACE EN EL TIEMPO DE MARÍA SIEMPRE VIRGEN

De la carta *Congratulamur vehementer* a Pedro, patriarca de Antioquía, en 13 abril 1053, del papa san León IX (1049-1054).

Creo también que el mismo Hijo de Dios Padre, Verbo de Dios, nacido del Padre eternamente antes de todos los tiempos, es consustancial, coomnipotente y coigual al Padre en todo en la divinidad, temporalmente nacido por obra del Espíritu Santo de María siempre virgen, con alma racional.

## NACIÓ EL HIJO DE DIOS DE UNA VIRGEN SIEMPRE INCORRUPTA

De la carta del papa Alejandro III (1159-1181) al sultán de Iconia, para instruirle en la fe cristiana.

Mas el mismo Isaías, hablando más claramente de la natividad de Cristo dice: «He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo; y se le llamará Emmanuel». Y como María hubiese de proceder de Jesé el mismo profeta declara manifiestamente la natividad de María y por María la de Cristo, diciendo: «Saldrá un retoño de la raíz de Jesé, y brotará una flor de su raíz y descansará sobre ella (flor) el Espíritu de Sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y piedad, y le colmará el Espíritu del Señor». Nació, pues, el Hijo de Dios de una virgen incorrupta, como fue plasmado Adán de la tierra virgen e inviolada, obrando en ella el Espíritu Santo y procurando inefablemente el gran negocio de nuestra salvación. Pues el misterio de la Encarnación del Señor es un abismo inescrutable. Mas a los antiguos padres acaecieron muchísimas cosas en las cuales se anticipó la imagen de este nacimiento. Pues el haberse llenado de rocío el vellón de Gedeón..., significase el rocío del Espíritu Santo en la Virgen, la cual especial y particularmente fue escogida para esto por el Señor a causa de su humildad... El haberse aparecido a Moisés el fuego en la zarza y el no haberse consumido la zarza por el fuego, manifiesta en María la integridad de su virginidad. El que, permaneciendo secas las varas de las demás tribus, brotó y floreció la de Aarón, de cuya estirpe santísima descendió, la flor de la vara de Jesé que había vaticinado Isaías, señaló como con el dedo el alumbramiento de la incorrupta virgen...

## CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO DE MARÍA SIEMPRE VIRGEN

Definición de la fe católica contra los albigenses, cap. I del IV Concilio de Letrán, XII de los ecuménicos (1215) presidido por el papa Inocencio III (1198-1216).

Y, finalmente, Jesucristo unigénito Hijo de Dios, encarnado por obra común de toda la Trinidad, concebido de María siempre Virgen, por cooperación del Espíritu Santo, hecho verdadero hombre, compuesto de alma racional y carne humana, una sola persona en dos naturalezas, mostró más claramente el camino de la vida.

## NACIÓ TEMPORALMENTE DE MARÍA SIEMPRE VIRGEN

De la profesión de fe del emperador Miguel Paleólogo, presentada en el II Concilio de Lyon (1274) XVI ecuménico, presidido por el papa Gregorio X (1271-1276).

Creemos que el mismo Hijo de Dios, Verbo de Dios, eternamente nacido del Padre, consustancial, coomnipotente e igual en todo al Padre en la divinidad, nació temporalmente del Espíritu Santo y de María siempre Virgen con alma racional.

De la bula *Superni benignitas* (9 de noviembre de 1390) del papa Bonifacio IX (1389-1404).

La benignidad del Supremo Hacedor... escogió de la esclarecida estirpe regia de David una virgen en cuyo seno tomase carne el Verbo mismo... eligiendo por perfecta Reina a su gloriosa Madre, que fue digna de preparar para tan gran Rey el tálamo de su cuerpo... pues en este lugar de tanta fecundidad la Virgen Regia, flor de santidad, concibió siendo virgen al Redentor de las naciones. Por cierto que la misma Reina de los cielos... como esclavita humilde, aunque convertida ya en Madre del Señor, fue a la montaña a su parienta Isabel...

Esta es Aquella de la que cantan las Sagradas Escrituras que, vestida del sol, teniendo la luna bajo los pies, mereció ser coronada de doce estrellas. Esta es Aquella que llevó en sus castas entrañas al Hacedor del cielo y de la tierra, y sola Ella trituró todas las herejías e intercede en favor del pueblo cristiano ante el Rey que dio a luz, como Abogada valerosa y Orante, vigilantísima.

#### PARA LA SALVACIÓN DEL GÉNERO HUMANO SE ENCARNÓ EN EL SENO INMACULADO DE MARÍA VIRGEN

Del Concilio de Florencia (1438-1445), presidido por el papa Eugenio IV (1441-1447), para la unión con las Iglesias orientales. Decreto para los jacobitas.

Firmemente cree, profesa y predica que una persona de la Trinidad, verdadero Dios, Hijo de Dios, engendrado del Padre, consustancial y coeterno con el Padre, en la plenitud del tiempo que dispuso la alteza inescrutable del divino consejo, por la salvación del género humano, tomó del seno inmaculado de María Virgen la verdadera e íntegra naturaleza del hombre y se la unió consigo en unidad de persona con tan íntima unidad, que cuanto allí hay de Dios, no está separado del hombre; y cuanto hay de hombre, no está dividido de la divinidad.

#### PERMANECIÓ INMACULADA DESPUÉS DEL PARTO

De la constitución *Cum praeexcelsa*, 28 de febrero de 1476, del papa Sixto IV (1471-1484).

Cuando investigamos con devota consideración y revolvemos en nuestro interior los excelentísimos méritos con que la Reina de los cielos, la gloriosa Virgen Madre de Dios, puesta a la cabeza de los moradores celestiales, aventaja en resplandor, como estrella matutina, a las estrellas, conviene a saber, que Ella, como camino de misericordia, Madre de gracia y de piedad, amiga consoladora del humano linaje, intercede ante el Rey que engendró con su diligente y vigilantísima oración en favor de los fieles oprimidos por el peso de sus delitos: tenemos por cosa digna, más aún, obligada, invitar a todos los fieles cristianos, con indulgencias y perdón de los pecados, a que agradezcan y alaben, por la maravillosa concepción de la misma Inmaculada Virgen al omnipotente Dios (cuya providencia, mirando benignamente desde la eternidad la pequeñez de la misma Virgen, para reconciliar con su Hacedor la humana naturaleza, sujeta a la muerte eterna por la caída del primer hombre, la hizo morada de su Unigénito con la preparación del Espíritu Santo de la cual tomase la carne de nuestra mortalidad para la redención de su pueblo, y no obstante eso, permaneciese inmaculada virgen después del parto) y a que asistan a las misas y otros oficios divinos establecidos en la Iglesia de Dios para ello, para que se hagan por este medio más aptos para (recibir) la divina gracia por los méritos e intercesión de la misma Virgen.



LA VIRTUD DEL ESPÍRITU LA HIZO MADRE DE SU UNIGÉNITO Y CONSERVÓ PERPETUAMENTE  
LA FLOR DE SU VIRGINIDAD

De la bula *Immensae bonitatis*, de 27 de octubre 1615, del papa Paulo V (1605-1681).

El Dios de inmensa bondad, Creador de todas las cosas por cuya admirable providencia todo es regido, habiendo amado al mundo hasta decretar darle a su Hijo unigénito para su redención, escogió de antemano entre todas las criaturas a María, virgen purísima y santísima, de regia estirpe, para realizar tan grande y admirable misterio. De ahí pues, con la intervención de la virtud del Espíritu Santo, que cubrió con su sombra, como lluvia que desciende del rocío del cielo en el vellón, la hizo Madre de su Unigénito, y juntamente con la riquísima fecundidad, conservó perpetuamente pura la flor de su virginidad, cuya virtud y hermosura admiran el sol y la luna, la naturaleza con pasmo, y el infierno mismo se estremece ante ella. Pues ella, anunciada antes con tantas figuras, con tantas visiones y vaticinios de los profetas, y esperada por tanto tiempo de los Santos Padres, por fin apareciendo adornada del brillo de sus virtudes y de toda suerte de gracias, nos libró del cautiverio con su saludable fecundidad, y triturada la cabeza de la serpiente, vestida de sol, teniendo la luna por escabel de sus pies, victoriosa y triunfadora, mereció ser coronada con corona de doce estrellas, y ensalzada sobre los coros de los ángeles, ser llamada Reina de cielo y tierra.

De consiguiente, cuando investigamos con piadosa consideración los altísimos insignes merecimientos con que la misma Virgen gloriosa Madre de Dios, colocada en las moradas siderales, brilla como estrella matutina, y cuando también meditamos en lo íntimo de nuestro corazón que Ella, como Madre de misericordia, intercede en favor del pueblo cristiano ante el Rey que engendró, Abogada diligente y vigilantísima, y que siempre encontramos en la misma sacratísima Virgen, ayudadora en toda suerte de dificultades y trabajos y que creemos haber recibido por sus piadosas oraciones los innumerables beneficios que el Dador Altísimo nos concedió; juzgamos cosa digna, más aún, obligatoria, que así como nuestro Redentor y Dios sublimó en los cielos a la sacratísima Virgen, así también Nos, en cuanto podemos, la honremos en la tierra. Y para manifestar con algún insigne testimonio de culto externo la devoción que siempre llevamos encerrada en nuestro pecho para la misma Madre de Dios (Nos hemos determinado...)

LA GLORIOSA SIEMPRE VIRGEN MARÍA QUE OBTUVO LA PRIMACÍA DE TODOS LOS PUEBLOS

Del breve *Cum primum*, de 17 de enero de 1761, del papa Clemente XIII (1758-1769).

Tan pronto como, por disposición de la divina voluntad, nuestra pequeñez fue elevada al gobierno de la universal Iglesia, principalmente en los turbulentos tiempos que ella atraviesa, no hemos desistido de meditar y poner en práctica diligentemente lo que conducía a promover y propagar el culto de la ínclita y gloriosa siempre Virgen María, mayormente entre los pueblos cristianos; con el fin especialísimo de que conciliase para Nos y para toda la Iglesia católica, con singular piedad, el favor y la gracia de la protección de Cristo su Hijo, suprema Cabeza de la Iglesia. Mas siempre serán menores de lo que deseamos las manifestaciones de reverencia y veneración que se tributan en la tierra en orden a colmar y aumentar la gloria de esta criatura, elegida sobre las demás, que salió de la boca del Altísimo y obtuvo la primacía en todos los pueblos.

# María, esperanza de la Iglesia

## LA MISERICORDIA DE DIOS SE MANIFIESTA EN MARÍA

De la encíclica *Ad diem illum*,  
de san Pío X

Seguramente atravesamos una época funesta y tenemos derecho a quejarnos con el profeta: «No hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra». Maldiciones y mentiras y homicidios y hurtos han llenado la tierra. Sin embargo, en medio de lo que se puede llamar un diluvio de males, la mirada contempla semejante a un arco iris, a la Virgen clementísima, árbitro de paz entre Dios y los hombres: «Pondré mi arco en las nubes, y dará señal de la alianza entre mí y la tierra». Que se desencadene, por lo tanto, la tempestad y que una espesa noche envuelva el cielo, no por eso debemos temblar. A la vista de María se apaciguará y perdonará. «Estará el arco en las nubes, y lo veré y me acordaré de la alianza perdurable, y no habrá ya aguas de diluvio que destruyan todos los vivientes». No cabe duda de que, si confiamos como es preciso en María, sobre todo en los tiempos en que celebramos con más ardiente piedad su Inmaculada Concepción, no cabe duda, decimos, que veremos que Ella es siempre aquella Virgen potentísima que con su planta virginal quebrantó la cabeza de la serpiente.

## MARÍA, REINA DE LA PAZ, ESPERANZA DE LA HUMANIDAD

De la alocución del papa Pío XII, de 1 noviembre 1954, sobre la fiesta de la Realeza de María.

Los orígenes de las glorias de María, el momento culmen que ilumina toda su persona y su misión, es aquel en que, llena de gracia, dirigió al arcángel Gabriel el *fiat* que manifestaba su consentimiento a la divina disposición; de tal forma Ella se convertía en Madre de Dios y Reina y recibía el oficio real de velar por la unidad y la paz del género humano. Por Ella tenemos la firme confianza que la humanidad se encaminará poco a poco en esta vía de salvación. Ella guiará los jefes de las naciones y los corazones de los pueblos hacia la concordia y la caridad.

¿Qué podríamos hacer, por consiguiente, los cristianos en la hora presente en la que la unidad y la paz del mundo, y aún las fuentes de la vida, están en peligro, sino volver la mirada hacia Aquella que aparece entre ellos revestida del poder real? De la misma forma que Ella envolvió en su manto al divino Niño primogénito de todas las criaturas y de toda la creación, dignese ahora proteger a todos los hombres y a todos los pueblos con su vigilante ternura; dignese como sede de la Sabiduría, hacer que refluya la verdad de las palabras inspiradas, que la Iglesia aplica a Ella: *Per me reges regnant, et legum conditores iusta decernunt; per me principes imperant, et potentes decernunt iustitiam*. Por mí reinan los reyes y los jueces administran la justicia; por mí mandan los príncipes y gobiernan los soberanos de la tierra. Si el mundo en la actualidad lucha sin tregua por conquistar su unidad, por asegurar la paz, la invocación del reino de María es, por encima de todos los medios terrenos y de todos los designios humanos, deficientes siempre de algún modo, la voz de la fe y de la esperanza cristiana, sólida y segura de las promesas divinas y de las ayudas inagotables que este imperio de María ha difundido por la salvación de la humanidad.

Sin embargo, Nos esperamos también de la inagotable bondad de la beatísima Virgen, que hoy invocamos como la real Madre del Señor, otros beneficios no menos preciosos. Ella debe no solamente eliminar los tetricos planes y las inicuas obras de los enemigos de una humanidad unida y cristiana, sino que ha de comunicar igualmente a los hombres de hoy algo de su espíritu. Con esto nos referimos a la voluntad valiente e incluso audaz que en

las circunstancias difíciles, frente a los peligros y obstáculos, sabe tomar sin vacilar las resoluciones que se imponen y procurar su ejecución con una energía indefectible, de forma que arrastre detrás de sus huellas a los débiles, a los cansados, a los que dudan, a los que ya no creen en la justicia y en la nobleza de la causa que deben defender. ¿Quién no ve en qué grado ha actuado María en sí misma este espíritu y ha merecido las alabanzas debidas a la «mujer fuerte»? Su *Magnificat*, ese cántico de alegría y de confianza invencible en la potencia divina, con la cual Ella comienza a realizar las obras, la llena de santa audacia, de una fuerza desconocida a la naturaleza. ¡Cómo querríamos que todos aquellos que hoy tienen la responsabilidad de los asuntos públicos imitasen este luminoso ejemplo de sentimiento real! Por el contrario, ¿no se nota acaso también alguna vez en sus filas una especie de cansancio, de resignación, de pasividad, que les impide afrontar con firmeza y perseverancia los arduos problemas del momento presente? Algunos de ellos, ¿no dejan acaso que a veces los acontecimientos corran a merced de la corriente, en vez de dominarlos con una acción sana y constructiva?

## MARÍA, DEFENSORA DE LA IGLESIA, ESPERANZA DE LA UNIDAD

### Juan XXIII

¡Oh María, Madre, Reina de la Santa Iglesia, qué dulce es repetirte en esta tarde, aquí en tu templo, mientras todo el mundo nos escucha desde los puntos más lejanos, la invocación que el Sumo Pontífice Pío IX te dirigió como conclusión del discurso de apertura del Concilio Vaticano I de la tarde del 8 de diciembre de 1869 en San Pedro!

El Concilio Vaticano II todavía no se ha inaugurado oficialmente, pero el trabajo preparatorio, que como dijimos, implica la elaboración del inmenso material ya presentado al estudio de las diez comisiones, está activándose y es ya el comienzo del Concilio. Ayer leíamos en el breviario las palabras del profeta Isaías: *Ini consilium, conge concilium*. Ya están cumplidas.

Y sobre este trabajo, puesto bajo los auspicios de María Inmaculada, ¡qué armoniosa y querida nos parece la voz de Pío IX, a la que se une la de su sexto sucesor, humilde pero fervorosamente! ¡Tú, oh Madre del amor hermoso y del conocimiento de la santa esperanza, Reina y defensora de la Iglesia, acoge en su fe y protección material nuestras consultas y fatigas, y alcánzanos, con tus oraciones ante Dios, que tengamos siempre una sola alma y un solo corazón!

¡Qué preciosas son estas palabras! El augusto anciano de 1869, inaugurando con ellas el Concilio Vaticano, dio la tónica a su lejano sucesor; que con su bendición el Señor las reciba, las repita ya desde ahora e invite a todos los hijos de la Iglesia Católica a repetir las en alabanza y súplica por el nuevo Concilio. Sobre todo, no olvidéis lo que pedimos al Señor por los méritos e intercesión de María Inmaculada: su protección maternal sobre la persona del Papa y sus consultas y fatigas en el Concilio y por todos los que están llamados a compartir sus preocupaciones, la gracia preciosísima de la unidad del espíritu y del corazón.





# Los 25 años de pontificado de Juan Pablo II y la devoción al Corazón de Jesús (I)

IGNACIO M<sup>a</sup> AZCOAGA BENGOCHEA

El pasado 16 de octubre se cumplían los 25 años de pontificado de Juan Pablo II, que se han caracterizado, entre otras cosas, por haber dado un nuevo impulso a la devoción al Corazón de Jesús tal y como fue revelada a santa Margarita en Paray-le-Monial en la segunda mitad del siglo XVII.

En este y en sucesivos números queremos recopilar, sin tratar de ser exhaustivos, algunos de los actos magisteriales de Juan Pablo II relacionados con la devoción al Corazón de Jesús, sin contar con las innumerables beatificaciones y canonizaciones de los fundadores que en las constituciones de sus obras propusieron como elemento fundamental de su espiritualidad la devoción al Corazón de Jesús e incluso en un número notable de casos el nombre de la congregación menciona al Corazón de Jesús. Es nuestro modesto homenaje de adhesión filial a quien, como sucesor de Pedro, rige la Iglesia en este largo y fecundo pontificado.

## *Actos del magisterio de Juan Pablo II relacionados con la devoción al Corazón de Jesús*



El Papa fue elegido el 16 de octubre de 1978 y podemos señalar cronológicamente los siguientes actos magisteriales:

**1979.** Encíclica *Redemptor hominis*; Alocución del 22 de junio: «Aprendamos a conocer el misterio del Corazón de Cristo». El ángelus tras la fiesta del Sagrado Corazón: «la fiesta del Sagrado Corazón, actualidad siempre viva».

**1980.** Encíclica *Dives in misericordia*. El Papa en Montmartre (1 de junio): «El amor del Corazón de Jesús envuelve al mundo entero».

**1982.** Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María en Fátima (13 de mayo) – Meditaciones de las letanías al Corazón de Jesús en los ángelus dominicales (mes de junio).

**1984.** Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María en Roma (25 de marzo) – Solemne acto en colegialidad con los obispos de todo el mundo – Homilía en Misa celebrada en el policlínico

Gemelli de Roma (28 de junio): «el misterio del Corazón de Cristo».

**1985.** Alocución a los directores nacionales del Apostolado de la Oración (13 de abril) – «El Apostolado de la Oración tesoro del Corazón de Cristo, tesoro del corazón del Papa» – Durante los meses de junio, julio y agosto – Meditaciones de las letanías al Corazón de Jesús en los ángelus dominicales.

**1986.** Visita a Paray-le-Monial – Homilía a los peregrinos; carta al prepósito general de los jesuitas en la capilla del entonces beato Claudio la Colombière y alocución a las religiosas visitandinas del monasterio de la Visitación, donde tuvieron lugar las apariciones del Corazón de Jesús.

**1992.** Canonización del beato Claudio la Colombière (31 de mayo)

**1997.** Proclamación de santa Teresa de Lisieux como doctora de la Iglesia universal (19 de octubre)

**1999.** Conmemoración del centenario de la Consagración del mundo al Corazón de Jesús realizada por León XIII (Mensaje desde Polonia el 11 de junio y carta con motivo de la peregrinación a Paray).

**2000.** Canonización de la beata Faustina Kowalska e institución de la fiesta de la Misericordia divina (30 de abril).

**2002.** Consagración del mundo a la Misericordia divina en Polonia (17 de agosto).

LA presencia de la devoción al Corazón de Jesús en el magisterio y la pastoral de Juan Pablo II a lo largo de estos 25 años, ha adquirido unas dimensiones que no ha tenido hasta ahora, al menos en los últimos tiempos.

Juan Pablo II no ha escrito una encíclica dedicada expresamente a la devoción al Corazón de Jesús como lo hicieron León XIII con la encíclica *Annum sacrum*, Pío XI con la *Miserentissimus Redemptor* y Pío XII con la *Haurietis aquas*, las cuales tratan con exclusividad el tema y constituyen el cuerpo doctrinal del magisterio de la Iglesia al respecto. Se puede decir, sin embargo, que transmitir a toda la Iglesia la devoción al Corazón de Jesús, junto con la devoción al Corazón Inmaculado de María, ha constituido la preocupación fundamental en su magisterio y su acción pastoral en estos veinticinco años de pontificado.

En la encíclica *Redemptor hominis*, la primera de su pontificado, Juan Pablo II propone como programa de su pontificado dar a conocer a Cristo a todos los hombres, llevando el Evangelio a todas las partes de la tierra para que todos los hombres se unan a Cristo Redentor del hombre. En ella dice:

La redención del mundo (...) es en su raíz más profunda la plenitud de la justicia en un Corazón humano: en el Corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios y llamados a la gracia, llamados al amor. (...)

*Esta revelación del amor es definida también misericordia, y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo. (nº9)*

En la encíclica *Dives in misericordia* que la dedica a la misericordia divina expresada en la persona del Padre. En ella afirma que la Iglesia debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad, cual nos ha sido transmitida por la revelación, y que la Iglesia profesa de modo especial la misericordia divina en el culto al Sagrado Corazón:

La Iglesia debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad, cual nos ha sido transmitida por la revelación. (...)

*La Iglesia profesa la misericordia de Dios, la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y*

*también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en Él, en su vida y en su evangelio, en su cruz y en su resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la «visión» de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la «visión del Padre» en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto en un cierto sentido y al mismo tiempo accesible en el plano humano—de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre. (nº13)*

En el discurso a los directores nacionales del Apostolado de la Oración en Roma 13 de abril 1985, dice que *El Apostolado de la Oración se ha distinguido siempre por su empeño en difundir la devoción y la espiritualidad del Corazón del Redentor*. Recuerda que desde el principio de su pontificado: «invité a los fieles a adherirse totalmente a Cristo, Redentor del hombre y del mundo» (encíclica «*Redemptor hominis*»); a saber vivir el mensaje de amor misericordioso de Dios para con la humanidad pecadora (encíclica «*Dives in misericordia*»); con ese espíritu deseé que se celebrase el Año Santo extraordinario de la Redención, presentando a Cristo crucificado como respuesta definitiva al misterio de nuestro dolor humano (carta apostólica «*Salvifici doloris*») para conseguir los frutos de la Redención y colaborar a la obra de la redención misma.

Algo más adelante dice que *El Apostolado de la Oración puede aportar una cooperación válida y concreta para difundir en todos los niveles la grande y consoladora afirmación: que todo cristiano puede estar íntimamente unido a Cristo Redentor, mediante el ofrecimiento de su propia vida al Corazón de Cristo*.

Se puede afirmar que el programa del pontificado de Juan Pablo II durante estos 25 años ha sido dar a conocer a los hombres y mujeres de hoy la infinita misericordia divina, la cual se profesa y venera de manera particular en la devoción al Corazón de Jesús.

En la lectura de las encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, se puede encontrar que desde el principio de su pontificado Juan Pablo II ha

querido dar a conocer e impulsar la devoción al Corazón de Jesús. En el principio del tercer milenio ha promovido y dado a conocer la devoción a la misericordia divina, intrínsecamente vinculada con la devoción al Corazón de Jesús, ha canonizado a la beata Faustina Kowalska, ha establecido la fiesta a la Misericordia divina, ha bendecido un templo dedicado a la misericordia divina y ha consagrado el mundo a la misericordia divina.

### *Continuidad con el magisterio de los papas*

**E**N el discurso de clausura del congreso internacional de directores nacionales del apostolado de la oración del 13 de abril de 1985, Juan Pablo recuerda que el Apostolado de la Oración se ha distinguido siempre por su voluntad de propagar la devoción y espiritualidad del Corazón del Redentor en continuidad con las enseñanzas del magisterio de la Iglesia y les exhorta a que «*sigan siendo evangelizadores del que es rico en misericordia, pues “la iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo”* (Dives in misericordia)».

También en la homilía que pronunció el día de la canonización del beato Claudio la Colombière, afirma que el magisterio de la Iglesia aprobó e impulsó repetidamente el llamamiento del Corazón de Jesús realizado a santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial y manifiesta la necesidad de esta devoción para que la Iglesia hoy día lleve a cabo la labor de la evangelización.

### **Congreso internacional del Apostolado de la Oración - 1985**

*El Apostolado de la Oración se ha distinguido siempre por su empeño en difundir la devoción y la espiritualidad del Corazón del Redentor. En esto ha seguido las enseñanzas y las exhortaciones de mis venerados predecesores, tales como León XIII, que en la encíclica «Annum Sacrum» (25 mayo 1899) establecía la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón; Pío XI, que en la encíclica Miserentissimus Redemptor (8 mayo 1928) inculcaba la consagración al Corazón de Jesús y el deber de la reparación; Pío XII, que en la encíclica Haurietis aquas (15 mayo 1956) escribía: «El Corazón de Cristo es el corazón de una Persona divina, es decir del Verbo encarnado y, por*

Juan Pablo II ha querido difundir esta devoción en toda la Iglesia por medio de la institución de la fiesta del amor misericordioso, como solemnidad, el domingo siguiente al de Resurrección. De manera que la trilogía de solemnidades: Corazón de Jesús, Amor misericordioso y Cristo Rey se puede decir que constituyen la acción litúrgica por la que la Iglesia quiere que todos los cristianos vivan la vida cristiana en unión con el Corazón de Jesús.

tanto, representa y casi pone ante los ojos todo el amor que El ha tenido y tiene aún por nosotros. Precisamente por esta razón el culto del Corazón sacratísimo de Jesús ha de tenerse en tal estima que se considere la profesión más completa de la fe cristiana (...). Por tanto, es fácil concluir que en su esencia el culto del Corazón sacratísimo de Jesús es el culto al amor con que Dios nos ha amado por medio de Jesús, y es a la vez la práctica de nuestro amor hacia Dios y hacia los demás» (AAS 43, 344s).

*Deseo recordar también a mi gran predecesor Pablo VI, que en la carta apostólica Investigabiles divitias insistía en el puesto central que tiene la devoción al Corazón de Jesús».*

### **Homilía de canonización del beato Claudio la Colombière**

Damos las gracias, aún hoy, por el mensaje confiado a los santos de Paray, que no ha cesado de irradiar su resplandor. En el umbral de nuestro siglo el papa León XIII saludó «en el Sagrado Corazón de Jesús un símbolo y una imagen clara del amor infinito de Jesucristo, amor que nos impulsa a amarnos los unos a los otros» (encíclica *Annum sacrum*, 1900). Pío XI y Pío XII favorecieron ese culto, discerniendo en él una respuesta espiritual a las dificultades que encuentran la fe y la Iglesia (...)

Para la evangelización de hoy es necesario que el Corazón de Cristo sea reconocido como el corazón de la Iglesia: es él quien llama a la conversión y a la reconciliación. Es él quien atrae los corazones puros y a los hambrientos de justicia hacia los caminos de las bienaventuranzas. Es él quien realiza la comunión ardiente de los miembros del único Cuerpo. Es él quien permite adherirse a la buena nueva y acoger las promesas de la vida eterna. Es él quien envía en misión. El abandono en Jesús ensancha el corazón del hombre hacia las dimensiones del mundo.



**D**EL magisterio hablado de Juan Pablo II, en relación con la devoción al Corazón de Jesús, cabe reseñar las alocuciones dominicales del rezo del *ángelus*. En los meses de junio, desde muy al principio de su pontificado, años 1979, 1980, y de modo muy especial el año 1985 ha meditado las invocaciones de las letanías al Corazón de Jesús que, como él mismo dice: se inspiran en fuentes bíblicas, son oración y veneración y dan a conocer el misterio de la redención y contienen las más genuinas expresiones de esta devoción. Estas letanías las ha meditado en repetidas ocasiones, y ha alabado y recomendado la costumbre existente en Polonia de rezarlas o cantarlas todos los días del mes de junio.

### **Alocución del 22 de junio de 1979**

El mes de junio está particularmente dedicado al Corazón divino, al Sagrado Corazón de Jesús. A Él manifestamos nuestro amor y nuestra adoración mediante las letanías que hablan con una particular profundidad de su contenido teológico en cada una de las invocaciones de las letanías al Sacratísimo Corazón de Jesús.

*Es la oración maravillosa, integralmente centrada en el misterio interior de Cristo: Dios-Hombre. Las letanías del Corazón de Jesús se inspiran abundantemente en las fuentes bíblicas y, al mismo tiempo, reflejan las experiencias más profundas de los corazones humanos. Son, a la vez, oración de veneración y de diálogo auténtico.*

### **La consagración a los Corazones de Jesús y de María**

**S**i algo ha caracterizado el pontificado de Juan Pablo II en estos 25 años, ha sido su tierna devoción a la Virgen, es un papa esencialmente mariano, con la espiritualidad vivida de los grandes santos marianos como san Luis María Grignion de Montfort, de quien tomó el lema de su pontificado *Totus Tuus*. Sin olvidar a su compatriota Maximiliano Kolbe muerto mártir en un campo de concentración nazi.

Además, si parecía imposible que un papa siguiera las indicaciones de la Virgen en Fátima como lo había hecho Pío XII, Juan Pablo II le ha superado. Durante su pontificado, además de su presencia física en Fátima y sus consagraciones, se puede señalar la beatificación de Francisco y Jacinta y la aper-

### **Alocución del «Ángelus» de Juan Pablo II, del 27 de junio de 1982**

(...) las letanías al Sacratísimo Corazón de Jesús. Esta oración, rezada y meditada, se convierte en una verdadera escuela del hombre interior: la escuela del cristiano. (...)

*Al rezar las letanías —y en general al venerar al Corazón divino— conocemos el misterio de la redención en toda su divina y, a la vez, humana profundidad. Simultáneamente, nos hacemos sensibles a la necesidad de reparación. Cristo nos abre su Corazón para que nos unamos con Él en su reparación por la salvación del mundo. Hablar del Corazón traspasado es decir toda la verdad de su Evangelio y de la Pascua.*

### **Homilía del santo padre Juan Pablo II - Elblag, 6 de junio 1999**

«Damos gloria a tu Corazón, Jesús nuestro, oh Jesús...».

Doy gracias a la divina Providencia por poder estar con vosotros para alabar y glorificar al sacratísimo Corazón de Jesús, en el que se ha manifestado del modo más pleno el amor paterno de Dios. Me alegra que se mantenga viva siempre en Polonia la buena costumbre de rezar o cantar todos los días del mes de junio las letanías del Sagrado Corazón.

tura de la tercera parte del secreto en el que se reconocía el atentado que sufrió el Papa el 13 de mayo de 1981.

Ha realizado la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María dos veces, una en el mismo Fátima a título personal, pero en nombre de todos los obispos, la segunda en Roma, en la clausura del Año Santo de 1984 de la Redención (Encarnación) en un solemne acto colegial con todos los obispos del mundo. Lo realmente singular de esta consagración al Corazón Inmaculado de María es que la concibe unida a la consagración al Corazón de Jesús.

La unión de los Corazones de Jesús y de María

es una especificidad de la devoción al Corazón de Jesús expuesta en su magisterio ya que precisamente elige la oración del Ángelus para meditar las letanías del Corazón de Jesús y en repetidas ocasiones pone de manifiesto la unidad de ambos corazones, desde el momento de la concepción virginal, desde el mismo comienzo del misterio de la Encarnación.

### **El mensaje de Nuestra Señora de Fátima - Consagración**

Homilía durante la misa celebrada en la explanada del santuario, jueves 13 de mayo de 1982

(...) Cristo dijo en la cruz: «Mujer, he ahí a tu hijo». Con estas palabras abre, de modo totalmente nuevo, el corazón de su Madre.

Instantes más tarde, la lanza del soldado romano atravesó el costado del Crucificado. Aquel Corazón traspasado se ha convertido en el signo de la redención realizada por medio de la muerte del Cordero de Dios.

El Corazón Inmaculado de María, abierto por las palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo», se encuentra espiritualmente en el corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado. El Corazón de María ha sido abierto por el mismo amor hacia el hombre y el mundo, con lo que Cristo ha amado al hombre y al mundo, ofreciéndose a Sí mismo por ellos en la cruz, hasta aquella lanzada del soldado.

Consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarnos, por intercesión de la Madre, a la misma fuente de la Vida, que brotó en el Gólgota. Este manantial corre ininterrumpidamente, brotando de él la redención y la gracia. Se realiza continuamente en él la reparación por los pecados del mundo. Este manantial es fuente incesante de vida nueva y de santidad.

Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre, significa volver de nuevo junto a la cruz del Hijo. Mas aún, quiere decir: consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, haciéndolo volver a la fuente misma de la redención. La redención es siempre más grande que el pecado del hombre y que el «pecado del mundo». La fuerza de la redención supera infinitamente toda especie del mal, existente en el hombre y en el mundo.

El Corazón de la Madre es consciente de ello, como ningún otro corazón, en todo el cosmos, visible e invisible. Y por este motivo llama.

*Llama no sólo a la conversión. Nos llama para que nos dejemos ayudar por Ella, que es Madre, y así volver nuevamente a la fuente de la redención. (...)*

### **Alianza de los Corazones de Jesús y de María**

En la alocución del Papa a los participantes en el Simposio Internacional sobre la Alianza de los Corazones de Jesús y de María celebrado en Fátima – 14-18 de septiembre de 1986 expone la relación entre estas dos devociones.

*(...) Podemos afirmar que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María ha constituido una parte importante del «sensus fidei» del Pueblo de Dios durante los últimos siglos. Tales devociones intentan dirigir nuestra atención a Cristo y al papel de su Madre en el misterio de nuestra redención, y, aunque diferentes, están íntimamente vinculadas por razón de la relación permanente de amor entre el Hijo y su Madre.*

(...) 3. En el Corazón de María vemos simbolizado su amor materno, su santidad singular y el papel central que ella desempeñó en la misión redentora de su Hijo. En relación con el papel especial desempeñado por Ella en la misión de su Hijo, la devoción al Corazón de María tiene una importancia fundamental, ya que por amor a su Hijo y a toda la humanidad Ella ejerce un papel único de instrumento para llevarnos a Él.

*El acto de consagración al Corazón Inmaculado de María que hice solemnemente en Fátima el 13 de mayo de 1982 y que renové el 25 de marzo de 1984 con motivo de la conclusión del Año Santo Extraordinario de la Redención, se funda en esta verdad sobre el amor maternal y el papel especial de intercesión desempeñado por María. Si nos dirigimos al Corazón Inmaculado de María, ella, con toda seguridad, nos ayudará a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro» (núm. 3 L'Osservatore Romano. Edición en lengua española, 1 de abril de 1984, pág.24).*

Nuestro acto de consagración remite en último término al Corazón de su Hijo, pues en cuanto Madre de Cristo, ella se halla totalmente unida a su misión redentora. Como en las bodas de Caná, en las que dijo: «Haced lo que Él os diga». María orienta todas las cosas hacia su Hijo, que escucha nuestras oraciones y perdona nuestros pecados. Así, al consagrarnos al Corazón de María, encontramos un camino seguro hacia el Sagrado Corazón de Jesús, símbolo del amor misericordioso de nuestro Salvador.

# Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (X)

El libro *La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo*, del padre Croiset, da a conocer la vida de la hermana Margarita María.

**H**EMOS visto en el anterior artículo cómo sucedió lo que refiere el padre Gallifet de su amigo y compañero Juan Croiset: «*Habiendo muerto el padre La Colombière... Nuestro Señor... suscitó poco después con idéntico fin otro padre de la misma Compañía, célebre después por sus muchas y excelentes obras de piedad, a quien inspiró el mismo celo*». Seguimos hoy con la continuación de su referencia, narrando como: «*Le condujo a Paray, en donde conoció a la hermana Margarita, y de tal modo se captó su confianza, que esta santa hermana mantuvo después hasta su muerte frecuente correspondencia con él para la dirección de su conciencia, abriéndole su corazón y confiándole los secretos de su alma y las gracias que recibía. Éste [Juan Croiset] fue el nuevo apóstol que Jesucristo había escogido para escribir sobre la devoción a su Sagrado Corazón*».

## Entrevista del padre Croiset con santa Margarita María en el locutorio de Paray en dos fases muy distintas

**T**ENÍA el padre Croiset como superior en el colegio de la Trinidad de Lyon al padre Antonio Billet, S.I., hermano del médico de la Visitación de Paray, y tío de la hermana Claudia Margarita, aquella que, para poder escucharla, pidió volver al noviciado al ser nombrada maestra Margarita María. El padre Billet estaba al corriente y del todo de acuerdo con Croiset, por lo que en el invierno de 1689 le autoriza a ir a Paray en compañía del padre Villette a entrevistarse con la hermana salesa. Así se lo escribiría Croiset, anunciándole la visita, pero quizás sin indicarle que iría acompañado.

En el día previsto ambos jesuitas esperaban en el locutorio, impacientes por conocer y oír maravillas de labios de la mensajera del Corazón de Jesús de quien tanto habían oído hablar a su mentor el padre La Colombière, y con la que Croiset llevaba meses carteándose, y dedicado por su mandato a la redacción de un libro sobre la nueva devoción. Al ver Margarita María a dos religiosos, entendería que el padre Croiset, contrariando sus prevenciones, había dado a conocer su correspondencia al otro jesuita, o, quizás, como opina Languet, porque creyese que en aquella visita se mezclaba la curiosidad con la devoción; sea por lo que fuere, disgustada, apenas abrió

la boca, restando casi muda a las preguntas de sus interlocutores. Desconcertados éstos ante tal conducta, se retiraron defraudados a la vecina residencia de los jesuitas de Paray, lamentándose de haber perdido el tiempo. Pero, al día siguiente, ya de vuelta hacia Lyon, deciden un último intento, y vuelven al locutorio, pero esta vez por separado. El padre Croiset es recibido ahora por Margarita María con todo afecto y locuacidad, y es aleccionado por ésta de todo cuanto quiso saber sobre el Corazón de Jesús.

En carta posterior, recordándole tan dispares entrevistas sucesivas, le confirma: «*Me dijo el Corazón de Jesús que... se había elegido cierto número de verdaderos amigos que me los daría a conocer. El reverendo padre La Colombière fue el primero; y la primera vez que tuve el honor de veros, me dio en seguida tan grande certeza de que os había escogido para este designio, que por esto os haría participar de los ardores de su divino Corazón. Cuando vinisteis por segunda vez, Nuestro Señor me apremió fuertemente a que os pidiera esas meditaciones... [y me dijo] que Él no os hubiera jamás dado gusto alguno por esta devoción, ni facilidad para trabajar por ella, si no os hubiera escogido para esto; y, además, que por eso Él me había dado esta franqueza de corazón para con vos sobre este asunto*».

**El libro le parece perfecto, pero «Solamente os rogaría que pusierais la pequeña consagración; pues como viene de Él, no le agradará que se omita»**

**T**RAS la entrevista, Margarita María le apremia a que termine el libro sin dilación, si no quiere que otro ocupe su lugar, ya que «*como el Espíritu Santo es enemigo de tardanzas, si la demoráis [la publicación] temo que retire de vos las gracias que os tenía destinadas, y se las dé a algún otro*».

Ante tales amenazas, el padre Croiset se apresuró a ultimar el borrador, y se lo envió para que lo revisase, devolviéndoselo la Santa con el siguiente recado: «*Volviendo a la obra del adorable Corazón de mi Jesús, no dudo que Él haya trabajado en ella más que vos mismo, pues el conjunto es tan perfectamente de su agrado, que no creo sea preciso cambiar nada, ni la consagración ni el acto de repara-*





*ción. Solamente os rogaría que pusierais en ella la pequeña consagración; pues como viene de Él, no le agradará que se omita» (Se refiere a la clásica consagración que comienza «Yo entrego y consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo mi persona, mi vida, mis acciones penas y sufrimientos», consagración que sabemos por la santa que «viene de Él», pero que parece como escrita al dictado del propio Jesús (padre Hamon).*

***El Compendio de la vida de una religiosa de la Visitación de Santa María de quien se ha servido Dios para el establecimiento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo, fallecida en olor de santidad el 17 de octubre de 1690***

**E**L 17 de octubre de 1690, cumplida su misión, Margarita María pasaba de esta tierra al cielo, y el padre Croiset se vio urgido a terminar ya su libro. Tras el parecer favorable del doctor en teología de la casa y de la Sorbona, M. de Cohade,

lo aprueba su provincial padre Billet, y se publica por primera vez el 20 de junio de 1691 el con el título de *La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo*, y su autor pudo ya añadir al texto un inspirado *Compendio de la vida de una religiosa de la Visitación de Santa María de quien se ha servido Dios para el establecimiento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo, fallecida en olor de santidad el 17 de octubre de 1690. Por un Padre de la Compañía de Jesús. Casa de Antonio y Horacio Molín, frente al Gran Colegio. 1691. Con Aprobación y Privilegio del Rey.*

El padre Croiset escribe *La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo* en el primer fervor de su sacerdocio, con la convicción de saberse elegido por el Señor para esta misión. Es un libro vivo en el que su autor no diserta sino que ora, y en sus páginas nos trasmite la llama del cielo que le abrasa ante el prodigio del amor no correspondido con que Jesús paciente nos espera en la Eucaristía, mendigando nuestro pobre amor de desagravio (padre Hamón).

**«El fin de la devoción es, primero, un retorno de amor al amor que Jesús ahora nos tiene en la adorable Eucaristía, y después, el reparar las indignidades y ultrajes a que este amor le expone en el santísimo Sacramento.»**

**D**ESDE la primera línea el autor se explica: «El objeto particular de esta devoción es el inmenso amor del Hijo de Dios, que le ha llevado a entregarse por nosotros a la muerte, y a dárse nos del todo en el santísimo Sacramento del altar, sin que todas las ingratitudes, desprecios, injurias y ultrajes que había de recibir en este estado de víctima inmolada, hasta el fin de los siglos, le hayan podido impedir el exponerse aun hoy cada día a los insultos y oprobios de los hombres, para poder testimoniarnos así más eficazmente el exceso de su amor.

»Esto es lo que excitó la piedad y el celo de muchos que, viendo cuán poco se ama a Jesús, y cuán poco anhelo tenemos de que Él nos ame, no han podido sufrir el verle todos los días tan maltratado, sin manifestar su justo sentimiento de reparar tanta ingratitud y desprecio, mediante un ardiente amor, profundo respeto y diversas humildes sumisiones... El fin es, pues, primero un retorno de amor al amor que Jesús ahora nos tiene en la adorable Eucaristía, y después, el reparar las indignidades y ultrajes a que ese amor le expone en el santísimo Sacramento; de modo que esta devoción no consiste más que amar ardientemente a Jesús, al que tenemos siempre con nosotros en la adorable Eucaristía, manifestándole nuestro ardiente amor por la pena que tenemos de verle tan poco amado de los hombres, y reparar nosotros ese menosprecio y falta de amor».

**Los dos objetos de la devoción al Corazón de Jesús, necesarios ambos, e inseparablemente unidos, como alma y cuerpo en la naturaleza humana**

**P**ERO como, aun en el ejercicio de las devociones más espirituales, necesitamos de no sé qué objetos materiales y sensibles, que, ante todo, nos impresionen, nos aviven el recuerdo y nos faciliten la práctica, se ha escogido al Sagrado Corazón de Jesús como el objeto sensible más digno de nuestros respetos, y al mismo tiempo el más propio del fin que se propone esta devoción.»

Comenta el padre Hamon, S.I., cómo en esta primera página de la introducción del libro del padre Croiset: «Quedan perfectamente indicados los dos objetos de la devoción al Corazón de Jesús, objetos necesarios ambos, inseparablemente unidos, como alma y cuerpo en la naturaleza humana. Se puede contemplar más uno u otro, el padre Croiset insiste

más en el amor de Nuestro Señor, mientras que el padre Gallifet en el corazón de carne, símbolo de este amor, pero no está permitido separarlos sin aniquilar la misma devoción: separar el alma del cuerpo, es darle la muerte».

En el capítulo segundo, hablando del medio de que se valió Dios para inspirar esta devoción, transcribe el texto del diario de Londres del *Retiro espiritual* del padre La Colombière: «Habiendo acabado este retiro lleno de confianza en la misericordia de mi Dios, yo me impuse por norma el procurar por todos los medios posibles la ejecución de lo que me fue prescrito de parte de mi adorable maestro, referente a su precioso Corazón en el santísimo Sacramento del altar, donde yo le creo real y verdaderamente presente... he reconocido que Dios quería que yo le sirviese en procurar el cumplimiento de sus deseos, tocante a la devoción que ha inspirado a una persona a quien su Majestad se comunica muy confiadamente y para lo que ha querido servirse de mi flaqueza...» y transcribe luego el famoso texto de junio de 1675 en que da a conocer las revelaciones de Nuestro Señor a una religiosa de la que no dice el nombre, y en el que Margarita María termina así el encargo que recibe del Corazón de Jesús: «Encamínate a mi siervo N. [el padre La Colombière] y dile de mi parte que haga todo lo posible por establecer esta devoción y dar este gusto a mi Sagrado Corazón; que no se desanime por las dificultades que hallare en ello, que no le faltarán, pues debe saber, que lo puede todo aquel que desconfiando enteramente de sí, pone toda su confianza en mí».

**«Considerando el padre La Colombière la ternura de Jesús para con los hombres en el santísimo Sacramento, donde su Sagrado Corazón está siempre ardiendo de amor para con ellos... no pudo dejar de llorar los ultrajes horribles que Jesucristo sufría en él por la malicia de los herejes, y por el extraño desprecio de la mayor parte de los católicos»**

**P**ROSIGUE el padre Croiset: «El padre La Colombière no era hombre que creyese con ligereza cualquier cosa, pero teniendo pruebas tan manifiestas de la alta y sólida virtud de la persona que le habló, no tuvo el menor recelo de ilusión, y se aplicó sin perder tiempo al ministerio que Dios le confiaba... Considerando los sentimientos llenos de ternura que Jesús tenía para con los hombres en el santísimo Sacramento, donde su Sagrado Corazón está siempre ardiendo de amor para con ellos, siempre abierto para concederles toda clase de gracias y bendiciones, cuando no pudo dejar de llorar los ultrajes horribles que Jesucristo sufría en

él, de mucho tiempo a esta parte, por la malicia de los herejes, y por el extraño desprecio que la mayor parte de los católicos, y aún de los sacerdotes mismos, hacen de Jesús en este augusto Sacramento: este olvido, este desprecio y estos ultrajes los sintió muy vivamente, y le obligaron a consagrarse de nuevo a este Sagrado Corazón con una admirable oración, que llamó ofrenda al sagrado Corazón de Jesús, y que se hallará al fin de este libro».

Luego se extiende sobre los medios de adquirir este devoción, y sobre su práctica: dice cómo hay que huir del pecado, tener una fe viva, un gran deseo de amar ardientemente a Jesucristo, habituarse al recogimiento interior, luchar contra la tibieza, el amor propio y el orgullo, por la mortificación, la humildad, la oración, la comunión frecuente, la visita al Santísimo, la fidelidad a las prácticas pedidas y una tierna devoción a la Virgen María y al entonces beato Luis Gonzaga.

Insiste en precisar que el fin especial de la devoción es *«reparar cuanto nos sea posible, mediante nuestro amor, nuestra adoración, y toda clase de homenajes, todas las indignidades y ultrajes que ha sufrido y sufre cada día Jesús en el santísimo Sacramento»*. Cumpliendo las instrucciones de Margarita María de que nuestro pobre espíritu necesita que le saquen de su aturdimiento por *«devociones cortas e inflamadas»*, el padre Croiset multiplica los actos de desagravio, las consagraciones, los ofrecimientos, y sobre todo las meditaciones para el primer viernes después de la octava del Corpus, para cada primer viernes de mes, y para cada viernes del año. El libro acaba en un grito de amor: *«Corazón adorable de mi amable Jesús, que nos amas con una ternura tan maravillosa y que, sin embargo, eres tan poco amado de aquellos a los que amas tan tiernamente. ¡Que no pueda yo ir por todo el mundo y hacer sentir a todos los hombres las inefables dulzuras y las gracias extraordinarias que concedes con abundancia a todo el que os honra y os ama de todo corazón! Aceptad al menos el sacrificio que os hago del mío, y el deseo extremo que tengo de que seáis bendecido y alabado por todos los ángeles y hombres, eternamente amado, honrado y glorificado. Así sea»*.

**Libro «popular, simple, claro, práctico y sustancioso», cuyo éxito se debe a que por primera vez cuenta la vida de Margarita María**

**E**N los primeros años se editó seis veces este libro *«popular, simple, claro, práctico y sustancioso»*, pero su éxito se debió, sobre todo, a la parte final en que da amplia cuenta de la vida de la hasta entonces desconocida hermana Margarita

María, a la que, aunque no cita por su nombre en las primeras ediciones, dice que es aquella a la que el padre La Colombière alude como la persona a quien *«el Señor se comunica tan confidencialmente»*, y a las páginas en que transcribe con todo detalle los textos más importantes de sus revelaciones. A partir de la publicación del libro comienzan a llegar a Paray multitud de devotos que quieren ver con sus propios ojos el marco en que tuvieron lugar los acontecimientos relatados, y quieren recibir las gracias que el Corazón de Jesús desea conceder a los que acudan a pedírselas a la ciudad de su predilección.

Como dice el padre Hamon, las revelaciones de Paray-le-Monial no añaden nada a la doctrina católica, pero, habrá que admitir que, porque así lo ha querido Dios, a fines del siglo XVII, en una villa de Borgoña, y por las revelaciones hechas a la hermana Alacoque, hemos conocido mejor los proyectos de misericordia de Dios con la humanidad. Sonó entonces la hora, que Él tenía prevista desde siempre, de manifestar a todas las almas la devoción a su Corazón, reservada hasta entonces a una élite, para hacerla una devoción accesible a todos, popular y universal. Estas revelaciones han creado el movimiento que algunos no llegan a comprender; pero por sí solas, a las almas sencillas lo explican todo. La precisión, la unidad y la fuerza de la expansión de la moderna devoción al Corazón de Jesús arrancan de las revelaciones de Paray-le-Monial, y si prescindimos de ellas, la devoción se diluye sin fuerza (Hamon).

El padre Croiset, continuador del padre La Colombière, inspirado por su mismo celo, había sido escogido por Jesús para ser su nuevo apóstol que debía escribir sobre la devoción a su Sagrado Corazón. Su misión, al dictado de la hermana Margarita María, estaba cumplida con pleno éxito, pues las ediciones de su libro se sucedían y parecía asegurado el imparable progreso de la devoción. Pero, el propio Jesús le había advertido a su confidente de Paray que el triunfo de su Corazón había de venir por medio de personas despreciadas y perseguidas, y tras oposición y contradicciones, y hasta entonces el padre Croiset no las había sufrido, al menos con la intensidad de su predecesor padre La Colombière. Le faltaba ser confirmado con la prueba de la persecución que le acreditara como verdadero amigo del Corazón de Jesús, y esta prueba debía llegar cuando Jesucristo permitió que los enemigos de la devoción a su Corazón, y los que se le oponen, creyeran haber logrado impedir su progreso. De cómo fue desterrado de Lyon el padre Croiset *«por difundir con ardor algo demasiado impetuoso la devoción al Corazón de Jesús»*, y de cómo fue puesto su libro en el Índice de los prohibidos, trataremos, si Dios lo quiere, en el próximo artículo.



# Conciencia existencial del yo y conocimiento por connaturalidad

FRANCISCO CANALS VIDAL

## La conciencia existencial del yo

**A**FIRMA Santo Tomás: «Acerca del alma puede tenerse un doble conocimiento por cada uno, como dice san Agustín, en el Libro IX *De Trinitate*, cap. VI: uno por el que se conoce sólo el alma de cada uno en cuanto a lo que le es propio; y otro por el que se conoce el alma en cuanto a aquello que es común a todas las almas.

»El conocimiento que se tiene comúnmente sobre toda alma es aquel por el que conocemos su naturaleza; el conocimiento que alguien tiene del alma en cuanto a lo que le es propio es el conocimiento del alma según que tiene ser en tal individuo; por lo cual, por este conocimiento se sabe que el alma existe, así como alguien percibe que tiene alma, y, por el otro, se sabe qué es el alma y cuáles son sus accidentes propios» (*QQ.DD. De veritate*, 10, artº 8, in c.)

Nos encontramos, pues, que santo Tomás distingue del conocimiento universal de la naturaleza del alma el conocimiento individual que cada uno tiene de su propia alma existente. De este doble conocimiento trata santo Tomás en otros lugares paralelos. Si leemos la *Suma contra gentes* encontraremos la misma precisa distinción, con algunas aclaraciones que completan la doctrina:

«Del alma sabemos que existe por sí misma en cuanto percibimos sus actos: pero qué sea lo inquirimos, a partir de los actos y de sus objetos, por los principios de las ciencias especulativas» (III *Contra gentes*, cap. 46).

Encontramos aquí un nuevo carácter o nota de aquel doble conocimiento: el conocimiento universal, cuyo objeto es la esencia del alma, se adquiere discursivamente, no tiene el carácter de una evidencia inmediata. Este carácter conviene, por el contrario, al conocimiento que cada alma tiene de su propia existencia al percibir sus actos.

Leamos el lugar correspondiente en la *Suma teológica*:

«Nuestro entendimiento se conoce por su acto, y esto de dos modos: o bien “particularmente”, según que Sócrates o Platón percibe que tiene alma intelectual por cuanto percibe que él entiende, o bien “universalmente”, según que consideramos la naturaleza del alma humana por el acto del entendimiento... estos dos conocimientos difieren entre sí pues, para tener el primero de estos conocimientos (el par-

ticular), basta la misma presencia de la mente, que es principio del acto por el que la mente se percibe a sí misma; y por esto se dice que se conoce por su presencia. Pero, para el segundo conocimiento (el universal), no basta su presencia, sino que se requiere una investigación diligente y sutil, por lo que muchos ignoran la naturaleza del alma y muchos erraron acerca de ella» (*S.Th., Iª*, Qu. 87, artº 1, in c.).

Este doble carácter, la indubitabilidad del conocimiento existencial y la facilidad con que se yerra en el conocimiento esencial del alma, es también subrayado insistentemente por santo Tomás en coherencia con el modo inmediatamente perceptivo del conocimiento del alma según que tiene ser en tal individuo y con el carácter discursivo e inquisitivo de aquel por el que se busca alcanzar el conocimiento de la esencia del alma:

«Nadie se equivocó nunca en cuanto a no percibir que él vive, lo que pertenece al conocimiento por el que alguien conoce qué se obra en su alma; según este conocimiento, el alma se conoce habitualmente por su esencia, pero muchos caen en error acerca del conocimiento de la naturaleza del alma misma en su naturaleza específica» (*QQDD. De veritate*, 10, art. 8, *ad secundum*).

La investigación del pensamiento de santo Tomás ha quedado muchas veces oscurecida por no distinguir el doble conocimiento y el horizonte en que se mueve. Se alcanza a conocer la naturaleza del alma razonando a partir de la naturaleza de los objetos entendidos por el hombre, lo que nos lleva a concluir sobre la naturaleza del acto de entender y del principio que, a modo de forma, actúa la facultad intelectual, es decir, la especie inteligible impresa. El hombre se hace consciente de que existe al percibir conscientemente que está en acto de pensar.

En los textos de santo Tomás están estas dimensiones discernidas con precisión: «Por lo mismo que percibe que él obra, percibe que él existe; obra por sí misma el alma, luego por sí misma conoce de sí misma que existe» (ibíd.).

Encontramos, en la afirmación de santo Tomás de que el alma no necesita adquirir ningún hábito intelectual para hacerse capaz de ser consciente de sí misma existente, la imposibilidad de confundir el raciocinio que, a partir de los objetos, puede llegar a concluir en la naturaleza espiritual e intelectual del alma, con la necesidad de los actos u operaciones



para la auto-percepción del alma existente: «Para que el alma perciba que existe y atienda a lo que en ella se obra no se requiere hábito alguno, sino que basta la sola esencia del alma presente a la mente: pues de esta esencia emanan los actos en los que ella misma actualmente se percibe» (QQ.DD. *De veritate*, 10, art. 8, in c.).

Avanzaremos en el conocimiento de lo que piensa santo Tomás sobre la naturaleza y estructura de esta conciencia existencial del yo que cada uno tiene de sí mismo —o tal vez diríamos mejor: profundizaremos reflexivamente interiorizando hacia la esencia del alma presente a sí misma como principio de sus operaciones de conocimiento objetivo— si nos damos cuenta de la especial e inmediata certeza que santo Tomás atribuye a este conocimiento del alma individual y existencial y el rigor con que lo distingue de la engañosa y gratuita afirmación del carácter evidente del *cogito* cartesiano.

Como que no vamos a ocuparnos ahora de discutir la tesis de Descartes —que superó nuestro Balmes en un decisivo pasaje de su *Filosofía fundamental* (Libro I, cap. 17, núm. 168-169)— nos acercaremos al tema leyendo la respuesta que da santo Tomás a una objeción favorable a la evidencia «ontológica» de Dios: «Dios tiene un ser más verdadero que el alma humana, pero el alma no puede pensar que no existe. Luego, mucho menos puede pensar que Dios no existe».

He aquí la respuesta de santo Tomás: «Pensar que algo no es puede ser entendido en dos sentidos. De un modo, que estas dos nociones puedan caer simultáneamente en nuestra intelección, y así nada impide que alguien piense que él no existe, así como piensa que algún tiempo no existió (es decir, la posición en el ser no tiene respecto del yo del que tengo conciencia la conexión que tienen las propiedades de un triángulo en la definición de triángulo, por decirlo

con alusiones a las comparaciones preferidas por Descartes). De este modo, no puede caer en la aprehensión intelectual que un todo sea menor que su propia parte, porque lo uno excluye lo otro.

»Pero, en otro sentido, podemos entender que no pueda pensarse que algo no es prestando asentimiento a tal aprehensión; así, nadie puede pensar, asintiendo, que él no existe: pues, en cuanto piensa algo, percibe que él existe» (QQ.DD. *De veritate*, 10, art. 12, *ad septimum*).

Esta clarividente y poderosa respuesta a la argumentación que, a partir de la supuesta y mal interpretada «evidencia del yo», pretende sostener la evidencia «ontológica» de Dios nos puede orientar decisivamente hacia aquella profundización en la «vuelta sobre sí mismo» que santo Tomás afirma idéntica con la subsistencia en sí mismo propia del espíritu pensante.

Ya que en las afirmaciones entre sí coherentes del carácter individual, existencial y auto-perceptivo o experimental del yo en su ser encontramos superada de raíz la engañosa perspectiva que define el conocimiento como «la aprehensión de un objeto por un sujeto» (olvidando que el arquetipo de todo conocimiento es la posesión consciente de sí mismo que ya Aristóteles supo reconocer en la vida divina, como subsistente «intelección de la intelección»),

nadie podría, sin contradecirse (a no ser que quiera complacerse en los juegos dialécticos de las metafísicas idealistas), pensar las dimensiones de la subjetividad y de la objetividad en el ser y en el entender divino.

Además del engañoso esquema de la dualidad subjetiva-objetiva como constitutiva de la esencia del conocimiento, que ha condicionado la interpretación de la entidad del ente como lo «puesto ante los ojos» del entendimiento y a partir de este intuicionismo ontologista dio vigencia y apariencia de obviedad a



todos los esencialismos y univocismos que han regido la metafísica occidental, y sobre los que santo Tomás destaca como la cima del pensamiento humano (como León XIII se atrevió a afirmar en la *Aeterni Patris*), la comprensión de este conocimiento del alma que cada uno tiene de sí mismo según que tiene ser y de su carácter de actuación consciente de la mismidad de cada espíritu humano individual ha chocado con el obstáculo de una mal entendida interpretación acerca de la no inteligibilidad directa de lo singular. Demasiadas veces no se ha atendido a la doctrina explícita de santo Tomás:

«Lo singular no repugna que sea entendido en cuanto singular, sino en cuanto material, y así, si algo es singular e inmaterial, como lo es el entendimiento mismo, no repugna que sea entendido» (*S.Th. I<sup>a</sup> Qu. 86, art. 1, ad tertium*).

«Así como se entiende a sí mismo nuestro entendimiento, aun siendo él mismo un entendimiento singular, así también entiende su acto de entender, que es un acto singular existente en el presente o en el pretérito» (*S.Th. I<sup>a</sup> Qu. 79, art. 6, ad secundum*).

No podemos entrar ahora en conexiones doctrinales de trascendencia fundamental en el pensamiento de santo Tomás sobre la conciencia existencial del yo con precedentes tan decisivos como la doctrina agustiniana de la *memoria sui*, en la que ve la imagen de Dios Padre en el espíritu humano. O sobre las consecuencias y derivaciones, de trascendente gravedad, del olvido de esta doctrina sobre el espíritu humano existente. Sólo el reconocimiento íntimo de la conciencia del yo pensante en su ser hubiera hecho posible el diálogo y la superación del «vacío logicista» del yo trascendental en el criticismo kantiano, vacío que separó del hombre individual, de la persona humana viva y concreta, la capacidad del hombre para describir en su mente el orden entero del universo y de sus causas, que había descubierto Aristóteles y explicado genialmente santo Tomás, pero que quedó, a partir del criticismo trascendental kantiano, literalmente «deshumanizado», descuajado de la vida personal de cada hombre.

Aquí sólo aludiré al hecho patente de que, si no reconociésemos esta conciencia existencial que pertenece a cada hombre por su ser, tampoco podríamos explicar ni la cotidiana sociabilidad humana, ni las tradiciones familiares o de los pueblos, ni que se hubiesen escrito memorias autobiográficas como las *Confesiones* de san Agustín (por citar sólo un ejemplo cimero), ni tendría interés contemplativo el conocimiento de la historia, ni hubieran podido surgir, en la literatura, en novela o en teatro, tantos escritos enriquecedores del conocimiento humano, atentos con primacía y profundidad a la vida humana, en lo singular y existencial.

Pero ahora nos ocuparemos sólo de la relación intrínseca entre esta experiencia propia de lo singular espiritual, que es lo que santo Tomás llama «conocimiento del alma según que tiene ser en tal individuo» y del que dice «cada uno percibe que tiene alma intelectual», y la posibilidad de alcanzar el hombre al conocimiento esencial y universal de la naturaleza del alma intelectual.

La anterioridad del conocimiento sensible sobre el intelectual en el hombre, el origen sensible del conocimiento intelectual humano y la tesis de que el alma puede alcanzar a conocerse como intelectual sólo por medio de las especies inteligibles abstraídas de lo sensible, han impedido, a veces, no sólo entender, sino casi prácticamente llegar a leer algunos textos de santo Tomás que sitúan la cuestión en su verdadero terreno y muestran que «el principio del conocimiento humano proviene del sentido, pero no es necesario que todo lo que el hombre conoce sea sometido a los sentidos o se conozca inmediatamente por un efecto sensible, pues el entendimiento mismo se entiende a sí mismo por su acto, que no cae bajo los sentidos» (*QQ,DD. De malo, 6, art<sup>o</sup> único ad decimum octavum*).

En cuanto a la precedencia de los objetos sobre las especies inteligibles por las que los conocemos, y de éstas sobre las facultades, en el orden de la objetivación intelectual y de la reflexión sobre la misma, no hay que olvidar nunca en qué sentido, por la especie de lo sensible, llegamos a conocer la naturaleza del acto de entender y de la facultad intelectual. Santo Tomás lo expresa con claridad inequívoca:

«El alma no es conocida por la especie abstraída de los sentidos como si entendiésemos que aquella especie viene a ser una semejanza del alma, sino porque, considerando la naturaleza de la especie inteligible que se abstrae de los sentidos, se halla la naturaleza del alma en la que tal especie se recibe, así como por la forma se conoce la materia» (*QQ,DD. De veritate, Qu. 10, art<sup>o</sup> 9, ad nonum*).

No sólo hay, en el hombre, una percepción o experiencia propia del espíritu humano en cuanto existente, sino que en esta conciencia se arraiga la misma posibilidad de reflexión discursiva por la que alcanzamos a conocer la esencia del alma. En realidad, siendo lo espiritual y lo corpóreo y material totalmente heterogéneos, si no tuviese este carácter nuestro conocimiento esencial del alma, es decir, el carácter de algo ejercido en el seno de la «mismidad consciente» en que consiste la actualidad de nuestro entender, sería, para el hombre, inconcebible cualquier naturaleza espiritual, angélica o humana. Dice santo Tomás:

«Cuando conocemos, o por demostración o por la fe, que existen «substancias separadas», es decir, entidades supra-sensibles, ni de un modo ni de otro

podríamos alcanzar a este conocimiento si esto mismo que es el ser intelectual no lo conociese el alma por sí misma» (*III Contra gentes*, cap. 46).

Precisamente comparando el conocimiento que sobre Dios pueden tener los ángeles con el que nos es posible alcanzar a los hombres, escribe santo Tomás:

«El ángel conoce a Dios por un efecto más noble que el hombre, por cuanto la misma substancia del ángel por la que es llevado al conocimiento natural de Dios es más excelente que las cosas sensibles, y que la misma alma humana, por la que el entendimiento humano asciende al conocimiento de Dios» (*I Contra gentes*, cap. 3).

Y, en otro lugar, aceptando con cierta precisión un texto de san Agustín, afirma santo Tomás:

«Lo que nuestra mente puede recibir sobre realidades incorpóreas puede conocerlo por sí misma, y esto es de tal modo verdadero (*adeo verum est*) que, incluso en Aristóteles (*etiam apud Philosophum*), se dice que la ciencia sobre el alma es como el principio para conocer las substancias separadas. Pues porque nuestra alma se conoce a sí misma alcanza el conocimiento que le es posible sobre las substancias espirituales» (*S.Th. I<sup>a</sup>*, Qu. 88, art. 1, *ad primum*).

Hemos considerado hasta aquí la radicalidad originaria de la conciencia existencial que cada uno tiene de sí mismo respecto de la posibilidad del conocimiento esencial sobre el espíritu humano y su función de punto de partida necesario del ascenso a lo trascendente al universo sensible. Tenemos que ocuparnos ahora de cómo radica en dicha conciencia existencial el que santo Tomás llama «conocimiento por cierta connaturalidad».

## El conocimiento por connaturalidad

**H**ALLAMOS, en la primera cuestión de la primera parte de la *Suma teológica*, planteándose la pregunta de si la Sacra Doctrina —que llamamos ahora teología, aunque esta expresión es ajena al propio santo Tomás—, tiene el carácter de «sabiduría», una distinción que está presente a lo largo de toda su obra:

«Sabiduría se dice de dos maneras, según un doble modo de juzgar, habida cuenta que es propio de la sabiduría el juicio sobre las cosas. Pues ocurre que alguien juzga por modo de natural inclinación, así como quien tiene una virtud juzga rectamente acerca de lo que se debe obrar según aquella virtud, en cuanto está inclinado a aquellas cosas; por lo cual, en el libro X de la *Ética*, cap. 5 y en el libro VIII, cap. 4, se dice que el virtuoso es la medida de los actos humanos. De otro modo, se juzga por modo de conocimiento, como alguien instruido en la ciencia moral puede juzgar sobre los actos virtuosos aunque no tuviese virtud. El primer modo de juzgar so-

bre lo divino corresponde a la sabiduría que es don del Espíritu Santo; el segundo modo pertenece a esta doctrina, según que se adquiere por estudio, aunque sus principios sean creídos por la Revelación» (*S.Th. I<sup>a</sup>* Qu. 1, art. 6, *ad tertium*).

Si alguien sospecha o espera que podrá hallar en santo Tomás una actitud «irracionalista» apoyada o bien en la mística o bien en un voluntarismo, podrá advertir el malentendido a que se ha dejado llevar por la falta de comprensión de la distinción establecida por santo Tomás atendiendo al texto en que se plantea si la sabiduría es una virtud intelectual, si tiene su propio sujeto en el entendimiento:

«La sabiduría comporta cierta rectitud del juicio según razones divinas. Pero la rectitud del juicio puede darse doblemente: de un modo, según el recto uso de la razón; de otro modo, por cierta connaturalidad respecto a aquello sobre lo que hay que juzgar, así como de lo que pertenece a la castidad juzga rectamente el que adquirió la ciencia moral, pero, por cierta connaturalidad a la castidad misma, juzga rectamente el que tiene el hábito virtuoso de la castidad.

Así pues, tener un juicio recto sobre lo divino por investigación racional pertenece a la sabiduría que es virtud intelectual; pero tener un recto juicio de ello según cierta connaturalidad a las cosas divinas corresponde a la sabiduría según que es don del Espíritu Santo. Esta connaturalidad a las cosas divinas se tiene por la caridad, que ciertamente nos une a Dios, como se dice en I Cor 6,17: «El que se adhiere a Dios, se hace un espíritu con Él». Luego, la sabiduría que es don del Espíritu tiene ciertamente su causa en la voluntad, a saber, en la caridad; pero su esencia la tiene en el entendimiento, en el cual es propio juzgar» (*S.Th. II<sup>a</sup>-II*, Qu. 45, art<sup>o</sup> 2, in c.).

La distinción entre el conocimiento por connaturalidad respecto del conocimiento por intelección y discurso racional, que se introduce en la Doctrina Sagrada de santo Tomás precisamente para caracterizar el más alto grado de conocimiento intelectual que el hombre tiene por la actuación en su mente de los dones del Espíritu Santo, no es, en modo alguno, un anticipo de tendencias sentimentalistas, voluntaristas, desdeñosas con la seriedad especulativa, contemplativa, en nuestro conocimiento de Dios. El don del Espíritu Santo «causa la rectitud de nuestro juicio sobre lo divino, o sobre todo lo demás por normas divinas, por cierta connaturalidad o unión a Dios; la cual unión se obra por la caridad. De aquí que la sabiduría de que aquí tratamos presuponga la caridad... por lo que esta sabiduría de que hablamos no puede darse en el hombre en pecado mortal» (*S.Th. II<sup>a</sup>-II* Qu. 45, art. 4, in c.).

Resplandece la vigorosa y coherente actitud «sintética» del pensamiento del Doctor Angélico. Siem-



pre en equilibrio intenso y tensionado hacia el bien y la verdad entre errores opuestos. Es, pues, absolutamente injusto el juicio de Karl Jaspers que, en su obra *La fe filosófica ante la Revelación*, caricaturiza a santo Tomás como si buscara siempre una inconsistente unificación de doctrinas opuestas. La síntesis de santo Tomás no concilia contrarios, ni pretende superar contradicciones, sino que respeta enérgicamente la realidad sintetizando, en su doctrina, lo que en la realidad de las cosas ha sido armónicamente «puesto junto» por el Creador, en orden, precisamente, a la comunicación del bien participado a sus criaturas.

Por esto, nos interesa ahora dejar claras dos cuestiones entre sí conexas: en primer lugar, no se puede hacer valer contra la escolástica de santo Tomás la amplísima coincidencia prácticamente universal de los autores espirituales en proclamar que es preferible «sentir la contrición a saber definirla» (venerable Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*) o en recordar que «no el mucho saber harta (es decir, sacia) y satisface al alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente», como advierte san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales*, en los que con frecuencia se recomienda el «conocimiento interno» y se insiste en el recuerdo de aquellos momentos en que el ejercitante «ha sentido algún conocimiento», y se habla explícitamente de «sentimiento espiritual».

Me complazco en recordar que nuestro maestro, el padre Ramón Orlandis, centró sus escritos sobre los Ejercicios de san Ignacio en el esfuerzo en demostrar la continuidad y coherencia, la identidad podríamos decir, entre los presupuestos «prácticamente prácticos» de la espiritualidad de los Ejercicios y la sistematización «especulativamente práctica» de la doctrina de santo Tomás de Aquino sobre la acción de los dones del Espíritu Santo.

En segundo lugar, la armonía entre la gracia y la naturaleza humana y el hecho radical de que es ésta en cuanto tal (pero precisamente en cuanto «herida por el pecado») la destinataria, a modo de sujeto receptor, de la gracia sanante y divinizante, conducen connaturalmente a descubrir que la misma estructura de la mente humana —que, por la posesión del acto de ser en su alma, forma no totalmente inmersa en la materia, aunque constituya el compuesto humano a modo de forma substancial, es por su misma entidad capaz de auto-conciencia según su ser, de experiencia perceptiva e inmediata de su vida ejercida en los actos intelectuales y las voliciones conscientes y libres— la hace «obediencialmente apta» para que su vida cristiana se desenvuelva en la experiencia mística.

Un insigne teólogo dominico, Ambroise Gardeil, en su estudio *L'estructure de l'âme et l'expérience mystique*, apoyándose en el admirable tratado sobre

los dones del Espíritu contenido en el *Curso teológico* de Juan de Santo Tomás, demostró plenamente esta tesis. Es obvio el lugar de las consolaciones y sentimientos espirituales de san Ignacio o de los gustos teresianos. No tendrían otro lugar en que realizarse sino en aquel «hombre interior», constituido por el sí mismo consciente de sí mismo en su ser. Si el Espíritu Santo obra en nosotros es porque «porque somos hijos ha sido enviado a nuestros corazones». «Corazón» es la palabra bíblica que significa este hombre interior cuya metáfora, en la piedad católica, llegó a ser el mismo corazón de carne del Hijo de Dios encarnado.

Concluamos diciendo que esta capacidad obediencial para recibir, por don divino, la connaturalidad con el bien divino podemos hallarla por cuanto si el hombre no fuese consciente de su vida individual, por su entendimiento y su voluntad, no podría siquiera la objetivación humana concebir la bondad del ente. Afirma santo Tomás, como precedente a la concepción de lo que es como bueno, que el hombre, por su entendimiento, «aprehende que apetece lo que es» (*S.Th. I<sup>a</sup> Qu. 16, art. 4, ad secundum*).

Ciertamente es ésta una estructura universalmente constitutiva de la naturaleza personal humana, pero precisamente cada uno de los hombres puede formar el juicio sobre el bien en el ente, y puede su juicio teórico hacerse, por extensión, práctico al descubrir los fines a que se ordena naturalmente su vida personal y conocerlos como «debiendo ser buscados» y debiendo ordenar a ellos sus elecciones libres, como algo en que se actúa y realiza aquella vida individual según la que cada hombre percibe que él vive y existe y entiende.

El beato Juan XXIII, en conversación con los que asistían al acto de promulgación de la creación de la Universidad Pontificia de Santo Tomás, el 7 de marzo de 1963, aludió a la doctrina de santo Tomás con una expresión que merece ser tomada como una definición seria y «formal» de la mía: *sapientia cordis*.

Santo Tomás afirma insistentemente, distinguiéndolo del que se expresa en enunciaciones objetivas que se enlazan discursivamente en el raciocinio, un conocimiento «por connaturalidad» con lo conocido, como el que tiene el virtuoso respecto de la vida moral, en concreto. Si no existiese esta connaturalidad arraigada en la conciencia existencial con lo aprehendido por el hombre, no conoceríamos, ni práctica ni teóricamente, la bondad del ente.

Juan XXIII calificó la doctrina del Doctor Angélico como «sabiduría del corazón». La lectura de santo Tomás, hecha con sentimiento de connaturalidad con él, patentiza que este conocimiento no invalida los juicios conceptuales, sino que los vivifica y colma de plenitud de sentido.



# Cristo y Europa

ANSELMO A. NAVARRETE, OSB

**E**L cristianismo ha sido el seno y la cuna, la casa natal de Europa: nacida a la sombra de la Iglesia, bautizada en el nombre de Cristo. De él hemos recibido el aire y la luz, el calor y la savia nutricios que han acompañado nuestros pasos. Fue el cristianismo el que prohió a esta criatura, Europa, en los siglos de hierro que acompañaron su despertar y desarrollo. Desaparecida la Roma imperial, lo único que persistió como germen de una nueva realidad histórica fue, en Oriente, el Imperio cristiano bizantino y, en Occidente, la comunidad espiritual nacida del Evangelio de Jesús. Fue su vigor espiritual el que promovió el desarrollo histórico, político y cultural de los reinos godos y de las germinales entidades nacionales surgidas en la Alta Edad Media; el mismo que logró aclimatar a la cultura romano-cristiana los pueblos bárbaros y detuvo la marea del islam cuando amenazaba anegar el continente.

Sin ese factor de cohesión dinámica la gestación y el parto de Europa hubieran tenido una evolución completamente imprevisible. A Europa se le había preparado el alma, el espíritu y los elementos básicos de su cultura antes de que surgiera el organismo histórico en que estaban llamados a encarnarse. La Roma imperial desechó esa fuerza espiritual en el momento mismo en que penetró en la historia, renunciando así a ser el instrumento de una humanidad nueva. Pero fueron esa fuerza y esa misión los que constituyeron el núcleo del que germinó la Europa naciente.

## La fecundación del nuevo orden

**C**RISTO está en el origen de este aliento espiritual e histórico. Él es la piedra angular que consolidó la nueva construcción, tanto de Europa como la del nuevo orden humano y espiritual que emergía a partir de su Evangelio. A su modo, «en el principio» de Europa fue la palabra y la gracia de Cristo. En Él Europa ha tenido el Padre, el Progenitor. Con más razón que Pablo a los Corintios Él nos dice: «Yo os he engendrado por el Evangelio» (1 Cor 4,15). Yo he fecundado en vosotros la nueva vida del Espíritu, el nuevo orden humano, la nueva historia, abierta a la creatividad de una raza de hombres nuevos, regenerados por el agua del bautismo, portadora de una semilla divina. Cristo mismo ha sido el Primogénito de este mundo nuevo que se abría

sobre el suelo europeo. Él ha sido el primer habitante de este nuevo planeta histórico. Él ya estaba allí cuando Europa era todavía una ruina calcinada, un continente sin nombre, un futuro sin perfiles; todos los demás hemos venido después, caminando a la luz de la única antorcha que iluminaba el horizonte. Él fue quien viniendo de su pasado eterno y de su nacimiento en el tiempo, penetró el primero en ese universo que le tuvo como eje de lo que se llamaría Europa. Él ha sido su primer ciudadano, y continúa siendo el contemporáneo de cada una de sus generaciones. Y si ha sido el Primogénito será también el Último: «Yo soy el Alpha y la Omega, el primero y el último... (Ap 23,13). Lo que pretenda venir en sustitución de Él sólo será la sombra de la nada.

El suyo ha sido el primer nombre europeo, el primero que se pronunció en el espacio histórico en formación. El nombre que ha dejado, desde los primeros momentos, huellas más profundas: el que ha sido pronunciado con más veneración, el que ha pervivido como centro de infinitos corazones, de permanentes búsquedas, de ilimitadas esperanzas. El que ha concentrado el pensamiento, la cultura, los afanes e iniciativas más humanos y, lo que es más importante, la vida presente y el anhelo de la futura. Hacia Él hemos hecho afluir los mejores tesoros, «las riquezas de las naciones»: el esplendor del arte, de la belleza, del ingenio, del espíritu. Él ha concentrado el amor de todos, hasta que finalmente sucedió lo que había sido advertido: «se enfrió la caridad de muchos». Signo siempre de contradicción, pero por eso mismo siempre irremediamente presente en la fe y la adhesión, o en la negación y la hostilidad.

Él es el primero y más egregio, príncipe por excelencia. Príncipe de Europa: el excelso entre los reyes, los señores y los sabios de la tierra: «¿quién no temerá y glorificará tu Nombre?», porque «Tú sólo eres el Santo, Tú sólo el Señor Altísimo». «Nosotros predicamos que Jesucristo es Señor» (2 Cor 4,5), por tanto el 'primer servido', como han proclamado magnates y plebeyos de todas las épocas. Aquel cuyo señorío ha sido más fervientemente acogido, porque no en vano es el mismo Jesús de Nazaret, el «Rey de los judíos» y de los hombres todos, ante cuya realeza sí se ha inclinado, durante siglos, Europa.

Su rostro ha sido, y lo es aún, el más repetido, el más familiar, el más reverenciado. Su imagen se encuentra todavía representada en todos los rincones del continente, y su fisonomía, como ninguna

otra, permanece fija en la retina y en la memoria histórica de todos los europeos. Todo en Europa habla de Cristo, para afirmarlo por casi todos, para ser rechazado por los mismos escribas y fariseos de todos los tiempos. Todo lo que en Europa se ha dicho o hecho le tiene como referencia, incluso el pensamiento postcristiano: por Él o contra Él. Todos somos hijos de las generaciones que le han tenido como Camino, Verdad y Vida, que han reclamado para sí su Evangelio, aunque sea el evangelio secularizado de la justicia, la libertad o los derechos humanos, en los que, sin embargo, Cristo no sólo ha puesto lo humano —el Hombre—, sino los derechos: la naturaleza y la dignidad de donde emana todo lo que es justamente predicable del hombre. Porque, además, Él ha sido —Él es—, el «Hijo del Hombre» por excelencia.

En esa Europa destaca la omnipresencia de la Cruz. Crecida a la sombra de este signo redentor, esa debería ser la enseña de Europa, como lo es de algunos de sus países. ¿Qué otro símbolo más universal y ecuménico entre nosotros?, ¿qué otro emblema semejante a él, invicto como él, y como él divisa de libertad y unidad?

Pero no son los símbolos externos la única huella de Cristo en nuestro suelo. Hay algo más fundamental. Europa ha sido depositaria privilegiada del legado de verdad y de gracia contenido en la obra de Dios por el hombre. Por ella hemos conocido que su existencia fue plasmada por el Verbo de Dios, y que en Él se ha revelado la verdadera imagen que le define: hecho a semejanza suya, «como uno de nosotros»; y él mismo, en el seno de la humanidad a la que pertenece, constituido como el hombre hermano, igual, libre, persona. Él, Cristo, fundamenta su realidad actual y la promesa de algo nuevo y superior que ha de sobrevenirle. Los horizontes inéditos que en el hombre se han abierto a su conocimiento y realización, en el plano humano y en el trascendente, han recibido su impulso del Verbo y del hombre modélico que es Cristo.

## La configuración de Europa

**T**AL ha sido la herencia fundamental que Europa ha recibido de Cristo. Ninguna concepción del hombre es equiparable a aquella en la que Él sirve de arquetipo y fundamento mediante su Palabra y su Persona. Antropología que resulta ser la obra más alta del espíritu humano y la máxima contribución espiritual y cultural de Europa a la humanidad, a la que ninguna de sus deformaciones ha podido anular en su verdad y grandeza. Nadie como el cristianismo ha pensado al hombre de manera más alta y positiva, nadie ha creído tan convencidamente

en su dignidad ni la ha promovido tan decisivamente, nadie le ha dado un soporte tan inquebrantable. El hombre ha tenido en Europa una segunda creación, cuando en ella se ha revelado, a través del cristianismo, una realidad del hombre desconocida hasta entonces: bosquejada en la revelación, ejemplarizada en Jesús de Nazaret, ofrecida a su realización en el espacio de la historia si así lo consiente su libertad. ¡Libertad! Sólo al cristianismo pertenece su descubrimiento.

Las verdaderas «luces» de Europa han sido, en primer lugar, Cristo, el Evangelio y la Iglesia y, a partir de ellos, el pensamiento y la cultura cristianos, los santos, los místicos, los monjes, los teólogos, que han contribuido a forjar la imagen más poderosa y auténtica de Europa.

Una muy particular participación corresponde, desde la primera hora, a esos monjes, agrupados en miríadas de monasterios por toda la extensión del oriente y occidente europeos, en cenobios femeninos y masculinos, cuyos lemas «Pax» y «Ora et Labora», culminan en la sentencia más repetida por su patriarca san Benito: «no tengan nada más querido que Cristo». Ellos son hoy los testigos insobornables del alma cristiana de Europa. La leyenda del Anticristo, soberbiamente reconstruida por Soloviev, atribuye el último testimonio a favor de Cristo a un pequeño grupo de monjes, de quienes ese personaje espera el más valioso de cuantos reconocimientos ha venido obteniendo, y a los que les brinda el gobierno, con él, de la nueva humanidad. Le responden: «nosotros no tenemos nada más precioso que Cristo». Sin apenas palabras, en el silencio de sus vidas escondidas, cincelaron con la cruz y el arado, con el libro y la oración, con su existencia cristiana y monástica, el ser de Europa.

Padres del humanismo europeo, a través de ellos se configuraron las ideas y el espíritu, la filosofía y los valores humanos y morales que condujeron a la difícil fermentación de unos pueblos recién venidos de la barbarie y que se iniciaban, entre los restos demolidos de la romanidad, a la vida del Evangelio, del espíritu y del desarrollo humano. Entre otros de sus rasgos, ellos fundaron la civilización del trabajo: su valor social, moral y humano, su significado de contribución a la obra del Creador, el hábito de la laboriosidad y el amor por la obra bien hecha. Todo lo cual es algo bien distinto de la simple dimensión mercantil y de los rendimientos utilitarios del trabajo, aunque tengan su propia legitimidad.

¿Qué decir de la aportación del mundo clásico? Grecia y Roma apenas han tenido nada que ver con lo que Europa considera hoy su mejor éxito: la vanguardia en el progreso técnico y científico, de los que los griegos se desentendieron pese a su dominio de los principios de la ciencia. Nada que ver tampo-



Coronación de María. *Tímpano derecho de la puerta meridional del transepto de la catedral de Estrasburgo (segundo cuarto del siglo XIII).*

co con él la cultura laica y secularizada de la modernidad: el paganismo greco-romano fue compatible con una religiosidad en la que ésta no ha querido seguirle. Por otra parte, las ideas de justicia y progreso, libertad o democracia deben mucho más al cristianismo que a Grecia o Roma, que las ignoraron en la práctica y sólo supieron hacer de la democracia, por parte de Grecia, una inoperante especulación política. El progreso, con todos sus derivados plausibles, es un mandato específicamente bíblico, entregado al hombre junto con su acta de nacimiento; por eso sólo se ha desarrollado en el área de influencia judeo-cristiana.

En dos puntos sí ha habido transferencia de cultura clásica a Europa: en las elaboraciones filosóficas y estéticas de Grecia y en el derecho romano. No les hemos retirado esa acogida. En cambio, hemos desechado su intuición del «Dios desconocido», al que los atenienses habían levantado un altar. Nosotros sí le hemos conocido, pero hoy estamos empeñados en borrar su nombre y en demoler su pedestal. Grecia y Roma reconocieron la divinidad, y

muchos de sus filósofos hablaron un lenguaje precristiano acerca de Dios. Ellos nos dejaron los teatros y los templos; Europa sólo parece reconocerse ya en los estadios y en las fábricas: es un retroceso de milenios.

Sólo la acogida de la Europa cristiana permitió la supervivencia y el acoplamiento al nuevo espacio histórico-cultural del pasado clásico, de manera similar a como tuvo lugar la incorporación por ella de las sucesivas oleadas de invasores venidos del este y del norte, al fundir integradoramente los tres elementos: cristianismo, cultura clásica y pueblos bárbaros. ¿Cuál habría sido el destino de la civilización griega y romana, en Occidente, sin el cristianismo? ¿Cuál el futuro de Europa sin la asimilación religiosa y cultural de los conquistadores que cayeron sobre ella durante siglos? ¿Quién propició el «Renacimiento», en los albores de la modernidad, mientras en el islam se perdían las huellas del mundo antiguo?

La herencia clásica es parte de la aportación de la Iglesia a Europa: conservada, transmitida, bautiza-



da, implicada en el pensamiento y cultura de la Iglesia y del mundo occidental, desde una actitud crítica que discierne los elementos armonizables con el Logos cristiano, pero que al mismo tiempo retiene contenidos sustanciales de esa aportación y los entrega a la posteridad como testimonio del genio humano. La apertura universal que caracteriza a Europa en el campo de la cultura es el resultado de la específica voluntad cristiana de asumir todo lo que es «justo, bello y noble», cuya fuente sitúa en ese Logos. Esa pluralidad, única en la historia cultural de la humanidad, es también resultado de una apuesta cristiana.

Grecia y Roma simbolizan la razón y la praxis; el Evangelio incorpora a ellas el espíritu, la trascendencia y la divinización del hombre. El cristianismo realizó esta síntesis en la que se contiene el proyecto humano, y que representa una de las afirmaciones básicas de la revelación judeo-cristiana. Renunciar a esa culminación significa abortar la única gestación posible del hombre. Esta perspectiva constituye el núcleo de la cultura cristiana. En ella el elemento revelado aporta no sólo una perspectiva totalmente nueva para la comprensión de Dios y del hombre, sino que además posee un poder de transformación que la filosofía ignora. No son Grecia o Roma las que salvan: la salvación proviene de Cristo. Ellas no conocieron la Revelación, ni la Encarnación del Verbo, ni la gracia, ni la cruz, ni la Resurrección, ni la Eucaristía, ni el misterio de María. Esta economía de saber y de gracia es lo que ha definido la realidad europea mucho más que la filosofía griega o el derecho romano, en los que, pese a su sabiduría, no se alcanzó a superar la «vaciedad de la mente» característica del hombre y de los tiempos paganos (cf Ef 4, 17).

El logos griego tuvo la réplica del Logos —el Verbo de Dios— que entra en el tiempo para asumir la humanidad y la historia, para trascender los balbuceos del pensar humano acerca de las cosas y del hombre mediante la plena manifestación del significado del mundo y del sujeto humano. Asimismo, para trascender esta realidad inmanente dando su último cumplimiento a la sabiduría griega al mostrarle al Dios manifestado en Cristo, aunque utilizara para ello no pocos ingredientes de su propio pensamiento.

La cultura clásica es válida como portadora de racionalidad y humanismo, pero para la historia humana lo decisivo es el Verbo eterno, encarnado en el tiempo, portador de Verdad y de Vida inmortal. El Logos cristiano ha surgido en la plenitud de los tiempos, cuando en la humanidad había cristalizado la semilla del espíritu y de la razón, sembrada por el Espíritu de Dios, cuya presencia no los desvirtúa, sino que les da su último cumplimiento y los

ejemplifica en el Logos-Cristo, fundador del hombre y del tiempo nuevos. En el cómputo final carecen de peso la razón y la ciencia que no reconocen la fuente de la que emana la realidad, ni la sabiduría desde la que puede ser descifrada. Ambas residen en Cristo.

Los puentes entre el mundo clásico y Europa fueron tendidos por los Padres de la Iglesia y los teólogos y pensadores cristianos, que llevaron a cabo la simbiosis entre cultura clásica y cristianismo. La consistencia de esta obra se ha evidenciado en su persistencia de siglos y en la convicción no desmentida con que ha sido sustentada. Si la Iglesia se hubiera desinteresado de ese universo clásico éste podría haber subsistido en alguna de sus piedras y de sus libros, pero habría quedado reducido a un recuerdo histórico frente al que apenas supondría nada el rescate momentáneo por el islam de algunos vestigios griegos. El legado clásico aparece, pues, como un regalo del cristianismo a Europa. Regalo prolongado en el Renacimiento, cuyas figuras fueron cristianas en su casi totalidad.

### Otras aportaciones

EUROPA ha conocido otras contribuciones culturales. Cabe pensar en las heterodoxias, ya se trate de no pocas de las ideologías surgidas en la modernidad, o las de orden religioso, como la Reforma y el islam. Con distinto grado de penetración en cada caso, las primeras han sido declaradas canceladas por sus propios prosélitos, dando así paso a la postmodernidad. De las segundas, la Reforma se mantiene dentro de la órbita cristiana. Por su parte el islamismo ha resultado mucho más una amenaza que una contribución, y su voluntad de influencia, sea militar o religiosa, ha sido rechazada o minimizada, y ha quedado limitada, en lo cultural, a algunos filósofos y centros universitarios medievales, mezclada con el ascendiente del pensamiento griego y con la belleza cautivante de los alcázares moriscos. En buena parte, su influjo intelectual sobre Europa pasó también por manos cristianas: los creadores de la Escuela de traductores de Toledo, iniciada por el monje Bernardo de Cluny y llevada a su apogeo por el rey Alfonso X el Sabio.

Como ya queda indicado, las corrientes posteriores se posicionaron, una tras otra, por referencia al cristianismo, a partir de una actitud crítica que ha terminado siendo radical. Racionalismo e Ilustración, naturalismo, materialismo y secularización en sus distintas versiones, no han salido de su ámbito, dando la razón al Evangelio: o conmigo o contra mí. También ellas han convertido a Cristo en «piedra de tropiezo y roca de escándalo» (1 Pe 2,8), lo que arran-



có de Él aquella suprema inconveniencia política: «el que caiga sobre esta piedra se hará trizas, y aquel sobre el que caiga será triturado» (Mt 21,44).

Como era inevitable, Europa ha conocido a lo largo de su historia multitud de esas influencias, que en muchos casos han quedado reducidas a aportaciones residuales o presencias transitorias, de efecto muy inferior a su brillo o su fuerza aparentes. Ahora bien, lo que por encima de todo interesa, una vez recapituladas esas diversas aportaciones, son los rasgos que finalmente han conformado de manera más honda y estable las formas de vida y de pensamiento, las orientaciones fundamentales del espíritu y de la cultura de la sociedad europea.

A este propósito, apenas es necesario observar que las influencias que inciden sobre los sujetos o las colectividades no tienen todos el mismo rango ni la misma intensidad. Al referirse a ellas no basta describir su número y significado; ante todo deben ser valoradas por su contribución, en este caso a lo que llamamos Europa. Sucede que el relativismo nos ha llevado a la convicción de que todas las ideas tienen igual validez, y que no hay valores universales y permanentes. Pero sucede también que las grandes culturas lo han sido tanto por la calidad de esos valores como por su estabilidad, y que su decadencia final ha sido determinada por el agotamiento de los mismos. La variación del núcleo altera todo el conjunto, de manera que otros valores opuestos representan otra cultura, otra realidad.

Esto ha ocurrido en Europa: los elementos definidores de la conciencia europea han sido casi completamente desplazados por otros en los que es difícil seguir reconociéndola. La conjunción de humanismo y espiritualidad, moldeados en la matriz cristiana, ha sido suplantada por el intento de exclusión de Dios y por la emergencia del hombre autónomo, portador de esos conceptos de prestigio llamados libertad, progreso, derechos humanos o solidaridad, propuestos ahora en nombre de la razón en lugar de vincularlos primariamente a la dignidad de origen divino depositada en el hombre. Mutación que cambia el paradigma pero que rebaja de manera ostensible la excelencia de los ingredientes de relevo.

En todos los casos, el valor de las afirmaciones e innovaciones producidas por el hombre debe de ser medido por su riqueza en humanidad auténtica, por su capacidad para crearla y renovarla. Ahora bien, la preferencia de la moral materialista sobre el humanismo cristiano, de la *Enciclopedia* sobre el Evangelio, de la ciencia sobre la gracia, sitúa a la modernidad en indudable inferioridad ética y metafísica sobre lo que había sido el pensamiento fundacional de

Europa: el que se sustentaba en la Palabra de Verdad y de Vida, creadora del orden que rige la única armonía posible en que se asienta el hombre y la sociedad.

### La Piedra que desecharon los arquitectos

Lo incontestable es que sobre ese mosaico de influencias emerge el cristianismo. Europa tiene su máximo centro de convergencia en Cristo: «Piedra angular, preciosa, escogida» (Pe 2, 6), ante el que se ha definido mediante la fidelidad o el rechazo. Esa es también la cuestión medular de la Constitución europea. Lo más clamoroso de ella es la omisión, de momento pretendida, de su nombre y su memoria. Toda ella está recorrida por esa ausencia, que grita más que todas sus palabras y que las denuncia. Aunque se prefiera ignorar, su presencia o ausencia va a determinar inapelablemente la trascendencia a la vez teológica e histórica de lo que se construya bajo su dictado. Por eso, de nada va a servir que bajo el nombre de Europa se recubra una realidad desnaturalizada.

Cristo sigue siendo la *magna quaestio mundi*, la gran pregunta y el gran asunto del mundo, como afirma un texto litúrgico medieval. Él sigue estando en el núcleo constitutivo de Europa, al mismo tiempo que es el corazón del mundo. Y continuará siéndolo. Cristo es la única realidad que ha persistido, junto con su Iglesia, a lo largo de la historia de Europa: ambos son coextensivos. En Él está la realidad más antigua y, pese a todo, la más nueva, aunque «esto esté oculto a los ojos de muchos». Así será incluso cuando la presencia del «Hombre del Pecado», el Anticristo anunciado, quiera usurpar el lugar de Cristo. Pero esta usurpación, secundada por los pseudocristos y pseudoprofetos de los que ya teníamos noticia, será un amago inútil, como el de Lucifer frente a Dios. Para siempre, Él está en cada página de la historia europea, en la evocación de todas las generaciones pasadas, y sin duda también lo estará en la de las futuras: «lo escrito, escrito está».

Es necesario añadir que Cristo no debía ser un patrimonio reservado a Europa, como tampoco Yahvé constituyó la heredad exclusiva de Israel. Pero sí fue ella el lugar donde puso preferentemente su tabernáculo para desde él recorrer el camino de todas las naciones. No había sido casual que el cristianismo naciera en una provincia de Roma cuyo imperio fue el lugar y el instrumento de su expansión. Europa fue su heredera para que en ella prosiguiera su difusión y desde ella se extendiera «hasta los confines del orbe».

# La Sagrada Familia, un maravilloso ejemplo

El pasado 28 de diciembre, fiesta de la Sagrada Familia, el cardenal arzobispo de Madrid, monseñor **Antonio María Rouco Varela**, pronunció en la catedral de la Almudena la siguiente homilía, de la que la prensa sacó de contexto algunos pasajes, quitándole así su sentido espiritual y catequético. Por eso hemos querido reproducirla aquí en su integridad.

**M**is queridos hermanos y hermanas en el Señor: la Iglesia, nos invita hoy, en el día de la Sagrada Familia, a mirar a la Familia de Nazareth, la formada por Jesús, María y José, como «maravilloso ejemplo» propuesto por Dios, Nuestro Padre, a los ojos de su Pueblo. Así se desprende de la oración-colecta de la liturgia que sitúa esta Fiesta, tan significativa para la vida de la Iglesia contemporánea, en el contexto de la celebración del Misterio de la Natividad del Señor. Porque, efectivamente, es imposible abstraer el acontecimiento de la Encarnación y, sobre todo, del Nacimiento del Hijo de Dios de lo que significa la singularidad absolutamente única de esta familia: de la Madre María, Virgen Inmaculada y Purísima que concibe al Hijo de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo cuando se halla desposada con José, y que da a luz a Jesús cuando ya ambos se hallaban unidos para siempre en un matrimonio totalmente virginal. En esa familia, sin par, considerada antes y después del parto del Hijo, nace y crece el Niño Jesús «en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52).

A la vista del carácter innegablemente excepcional -digámoslo con toda verdad, sublime- de los rasgos que configuran lo más íntimo de la vida y misión de la Familia de Nazareth, es comprensible que se formule la pregunta de como se puede querer convertirla en modelo asequible a la familia normal: a la familia nacida de la carne y de la sangre, formada por pecadores, por hombres y mujeres sometidos a incontables debilidades y flaquezas, a los que cuesta tanto vivir la pasión como amor, el amor como fidelidad y la fidelidad como generosa donación mutua para la procreación de nueva vida. De hecho muchos se lo han preguntado y lo siguen preguntando.

La respuesta no puede ser más sencilla: la Familia de Nazareth se constituye y forma en incondicional obediencia a la voluntad amorosa de Dios, dándonos a su propio Hijo al servicio de la realización en el tiempo de su último y definitivo designio salvador. El Hijo de Dios, autor de la vida, el vencedor del pecado y de la muerte, nos es dado a través de María, como Hijo suyo, uniéndose en cierta manera a todo hombre, por obra y gracia del Espíritu Santo en un acto de amor inefable que supera toda capacidad de comprensión humana. La fecundidad espiritual del matrimonio de María y José no podía ser ni mayor ni más sublime. Su amor no admitía otro modo

de ser vivido y expresado que el de la unión virginal. La Familia de Nazareth abría así por esta vía sobrenatural el camino para la posibilidad de la experiencia plena del matrimonio y de la familia humana como santuario del amor y de la vida, venciendo todos los contratiempos y ataques de los que ha sido, es y será objeto en el futuro por parte de todos los que desconocen y/o menosprecian el Evangelio de la Salvación y de la Vida. El matrimonio y la familia necesitan más que nunca de la Sagrada Familia para reconocer eficazmente su propio origen, su sentido más íntimo y los elementos interiores y exteriores que los configuran según el plan de Dios, el Creador y Redentor del hombre. Porque no hay que olvidarlo: ¡el matrimonio, unido indisolublemente por el amor, el verdadero, el de la donación mutua de los esposos que florece y fructifica en la vida de los hijos, ha sido instituido por Dios y conformado por su Ley, la Ley nueva, Ley de la gracia, que posibilita su cumplimiento íntegro y gratificador!

## **Cuando se ignora la verdad del matrimonio y de la familia instituidos por Dios las consecuencias son dramáticas**

**I**GNORAR esta verdad espiritual y moral, verdad constitutiva del matrimonio y de la familia, ha sido una tentación constante de la historia, agravada en nuestro tiempo hasta límites de una radicalidad insospechada. No sólo se afirma la competencia política, jurídica y cultural del hombre para modelar matrimonio y familia como materia sujeta a su libre disposición según criterios de un pragmatismo social, más o menos razonable, aunque tocado de egoísmo -lo que ha venido siendo habitual en las sociedades y comunidades políticas vertebradas por el laicismo agnóstico de los últimos dos siglos- sino que además no se vacila ante su completa manipulación. Al pretender equiparar a la familia, nacida y entrañada en el matrimonio indisoluble del varón y la mujer, a uniones de todo tipo, incluso, a las incapaces por naturaleza para tener hijos, se termina por la destrucción institucional sistemática de la célula primera de la sociedad. Las dramáticas consecuencias del rechazo del modelo de Dios no se han hecho esperar. Están a la vista de

cualquier observador y conocedor objetivo de lo que está pasando en el momento actual de Europa: sociedades avejentadas, amenazadas por una más que probable quiebra de los sistemas de su seguridad social, crecientemente insensibles a las exigencias de la solidaridad mutua, nacional e internacional, hoscas y sin pulso creador, en las que se multiplica el dolor y sufrimiento de los niños y de los jóvenes por las rupturas de sus padres y la pérdida del insustituible ambiente familiar que se crea y se recrea al calor del hogar paterno.

### **La respuesta de la fe y de la esperanza cristianas**

**E**L cuadro esbozado podría parecer sombrío, pero no falso o irrealista, capaz, por lo tanto, de estimular la respuesta de la fe y de la esperanza cristianas en la línea doctrinal y pastoral del magisterio de los papas de la primera mitad del siglo xx, recogida y renovada por el Concilio Vaticano II y presentada y actualizada con valiente y heroica clarividencia por Pablo VI y Juan Pablo II. Del Papa, que el Señor ha regalado a su Iglesia hace 25 años, procede esa fórmula humana y espiritualmente tan genial del Evangelio de la Vida que integra todos los aspectos de la visión cristiana del matrimonio y de la familia a la luz del Misterio de la Sagrada Familia. El que celebramos con nuevo gozo en este último domingo del año 2003 junto a Jesús, María y José. El modelo al que los matrimonios cristianos han de dirigir una y otra vez su mirada si quieren acertar y avanzar en el cuidado de las virtudes domésticas y de su unión en el amor: en el suyo, el esponsal, y en el de sus hijos. Modelo para imitar pero, sobre todo, modelo que habrá de guiarlos y animarlos en el seguimiento y acogida amorosa de la gracia y la voluntad misericordiosa de Dios, revelada en Jesucristo. La oración frecuente en el seno de la familia, unida en el rezo del Santo Rosario a la Familia de Nazareth, les preservará de traiciones y desmayos y les impulsará al testimonio cotidiano en el que consiste la aportación específica de los matrimonios y de las familias cristianas a la nueva evangelización. Su contribución propia e imprescindible. La Iglesia no se encontraría en condiciones ni de experimentar hacia dentro de sí misma toda la riqueza del amor esponsal de Cristo, ni, por consiguiente, de llegar con la siembra del Evangelio a esos surcos donde se planta y crece la vida y el amor humano, sin el apostolado específico de los esposos cristianos.

### **El testimonio del amor fecundo de la familia cristiana**

En una cultura como la nuestra donde se ensalzan y difunden con un despliegue publicitario sin pre-

cedentes modelos de conducta personal y colectiva, marcados por la ruptura de la relación «amor y vida» y por la subyacente banalización hedonista de la experiencia del amor, entre el varón y la mujer, cuando no de su inversión antinatural, reduciéndola a mero contacto sexual, sólo se abrirá paso la Buena Noticia del «amor que nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios» por el testimonio de vida de las familias cristianas y del tesoro del amor que encierran: divino-humano. El primer ámbito de verificación del mandamiento de ese amor del que nos habla la primera carta del apóstol san Juan y por el que seremos reconocidos como discípulos suyos, es el de la familia, comunidad íntima de vida entre padres e hijos. Si falta el amor propio de los hijos de Dios en la constitución del matrimonio y en la formación de la familia, si falla en su realización práctica..., pronto se irá notando como se debilitan los lazos de la solidaridad humana y ciudadana y como se degrada y fractura la sociedad misma.

Las familias cristianas se encuentran en la realización de su vocación enfrentadas a situaciones y retos sociales y culturales de enorme dificultad, desconocidos hasta ahora. ¡Cuántas familias numerosas, por ejemplo, han experimentado la desaprobación y el rechazo público por parte de ciudadanos que en definitiva van a depender en sus años de enfermedad y vejez de la contribución generosa de los hijos de esas familias en el sostenimiento de la seguridad social! En esta coyuntura histórica de tanta contradicción y perplejidad para la familia cristiana, ayuda especialmente el modelo de la Sagrada Familia y su experiencia singular de obediencia a la voluntad de Dios. ¡Cuánto sufrieron María y José al caer en la cuenta de que habían perdido a su Hijo en el camino de regreso de Jerusalén a casa y cuanto se alegraron al encontrarlo en el Templo sentado en medio de los maestros de la Ley! Las explicaciones del que ya era todo un muchacho, —¡explicaciones para asombro por las referencias divinas que contenían!— no las comprendieron de momento. Su madre, sin embargo, «conservaba todas estas cosas meditando en su corazón». El curso ulterior de los acontecimientos, que marcarían la vida de su Hijo hasta llegar a la Pascua de crucifixión y Resurrección, la irían desvelando cuánta razón tenía aquel misterioso Jesús de los doce años, que ella tanto amaba.

¡Fiémonos de los planes de Dios como Ana, la madre de Samuel, como María y José! Son los planes del Padre compasivo y misericordioso que nos ha salvado por su Hijo en el Espíritu Santo. Basta saber cual es su mandamiento y cumplirlo: «que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó». Entonces «cuanto pidamos, lo recibimos de Él». Sí, entonces, cuanto pidan las familias cristianas se cumplirá.



## Pequeñas lecciones de historia

### ¡Déjate llevar por el Señor, juega a la peonza!

GERARDO MANRESA

**M**ARÍA Luisa Castel llegó al Carmelo de Lisieux en junio de 1894. Había pasado su juventud en París y había entrado en el Carmelo de la avenida Mesina de la capital francesa. Había tomado el hábito con el nombre de María Inés de la Santa Faz, pero por motivos de salud se vio obligada a abandonar el monasterio en el año 1893. El año siguiente fue aceptada en el Carmelo de Lisieux. Teresa se alegró mucho con su llegada, pues era la primera novicia que tenía que era más joven que la maestra.

Su integración en la comunidad fue difícil, ya que sus maneras de «pequeña parisina» no parecían muy serias. La víspera de su entrada en el Carmelo, ¡había ido a dar una vuelta por los tirovivos de la feria de Lisieux!. Era muy expansiva y le costaba trabajo adquirir la modestia de la vista y de los gestos, que entonces eran importantes para una carmelita; le gustaba figonear. Teresa no ahorró esfuerzos para ayudarla a progresar, incluso la defendió delante de las monjas de la comunidad. «De qué buena gana daría mi vida para que usted fuera carmelita», le decía con frecuencia.

Como contrapartida M<sup>a</sup> Luisa no se perdía un solo gesto y anotaba los menores hechos de su maestra de novicias, de manera que su testimonio fue de gran importancia después de la muerte de Teresa. Profesó en abril de 1896, dos años después de su entrada. Aunque ella quería conservar el nombre de María Inés de la Santa Faz, para evitar confusiones fonéticas con la Madre Inés, tomó el nombre de María de la Trinidad y de la Santa Faz. Teresa le dijo, poco antes de morir y de forma velada, que ella se ocuparía de sus escritos.

Fue, quizás, la novicia con la que tuvo una relación de amistad espiritual más intensa. A ella dedicó, el día de su profesión, la traducción de un poema de san Juan de la Cruz, que apreciaba particularmente y también, el día de su toma de velo, le dedicó una estampa con pensamientos del mismo santo. En el primero de ellos Teresa recuerda a sor María de la Trinidad que no debía inquietarse por el afecto, cada vez más intenso, que sentía por su maestra. La amistad que las une es muy pura y, le decía Teresa, sólo puede ayudarlas a amar a Dios sobre todas las cosas. Cuando el 3 de abril, día de viernes santo, Teresa tuvo la primera hemoptisis, sor María de la Trinidad, ayudante de enfermera, se enteró del secreto y Teresa le pidió que no dijera nada a la Madre Inés, su hermana Paulina.

Todo ello nos hace ver el afecto y la amistad que había entre las dos almas.

Visto el carácter de sor María de la Trinidad nos

podemos imaginar fácilmente la anécdota que ella explica.

«Como tengo un natural muy infantil, el niño Jesús me inspiró *que jugase con Él*. Escogí el *juego de los bolos*. Me representé las birlas de todos los tamaños y colores, como medio de personificar las almas a quienes quería tocar. La bola a tocar era mi amor.

»El año 1896, por Navidad, las religiosas recibieron, con destino a las misiones, muchas chucherías para el árbol de Navidad. En el fondo de una cajita se encontró un objeto muy raro para un convento del Carmen: *un trompo*. Mis compañeras preguntaron qué era aquello y para qué servía. Pero yo, que conocía bien el juego, lo cogí exclamando: «¡Esto es muy divertido! Puede bailar todo el día sin parar mientras no le falten buenos latigazos». Y así lo hice bailar con gran admiración de todas las hermanas.

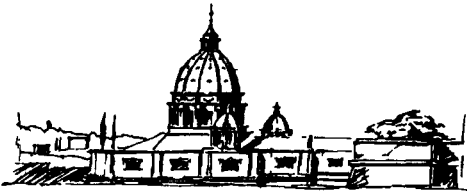
»Santa Teresita lo observó sin decir nada. Después de la misa de gallo, la víspera de Navidad, al llegar a mi celda encontré el *famoso trompo* con esta cartita:

»*Querida esposa: ¡Cuan contento estoy de ti! Todo el año me has divertido mucho jugando a los bolos. He gozado tanto, que la misma corte celestial estaba sorprendida y encantada de ello. Varios querubinitos me han preguntado porqué no los había hecho niños; otros han querido saber si la melodía de sus instrumentos no me era más agradable que la alegre risa cuando aciertas una birla con el bolo de tu amor. He contestado a todos que no debían entristecerse por no ser niños, puesto que un día vendrá en que podrán jugar contigo en las praderas del cielo. (...).*

»*Esposita mía muy querida: tengo una cosa que pedirte. ¿Me la negarás?... ¡Oh, no; me amas demasiado! Pues bien, quisiera cambiar el juego: los bolos me divierten mucho, pero ahora quisiera jugar al trompo. Si quieres tú misma serás el trompo mío. Te doy uno que te sirva de modelo; ya ves que no tiene ningún atractivo exterior, pero si lo ve un niño, saltará de gozo y dirá: “Esto es muy divertido. Puede bailar todo el día sin pararse”. Yo, el Niño Jesús, te amo, aunque no tengas atractivos y te suplico que bailes siempre para divertirme. Pero para hacer bailar al trompo, se necesitan latigazos. Pues bien; deja que tus hermanas en religión te hagan este servicio, y sé reconocida a que se muestren más asiduas en hacerte bailar con mayor velocidad... Cuando me haya recreado bastante contigo, te llevaré allá arriba, donde podremos jugar sin padecer.*

»Tu hermanito, *Jesús*.»





# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Filipinas, consagrada al Corazón de Jesús

EL pasado 23 de noviembre, festividad de Cristo Rey, los obispos filipinos consagraban su país al Sagrado Corazón de Jesús en un momento de profunda crisis social, política y económica. Con esta iniciativa de la Conferencia Episcopal filipina ha dado inicio un nuevo movimiento espiritual para dedicar Filipinas, sus familias, sus comunidades religiosas y todo el pueblo filipino, «pueblo de Dios», al Corazón de Cristo. Cumbre de esta iniciativa, que se prolongará durante este año 2004, será la consagración de los sacerdotes al Corazón de Jesús el próximo 18 de junio, fiesta del Corazón de Jesús.

## El paso de las reliquias de santa Teresita por España

SÓLO Dios sabe los abundantes frutos de gracia y conversión que la visita de las reliquias de santa Teresita habrán tenido en su visita a la tierra de santa Teresa. Sin embargo, algunos indicios de la abundante lluvia de flores que ha caído sobre nuestra tierra puede intuirse de algunos datos ofrecidos por los medios de comunicación católicos, únicos que se han hecho eco de los acontecimientos que han sacudido España en estos últimos meses.

Superadas todas las expectativas de los organizadores, más de dos millones de personas, según datos ofrecidos por la Conferencia Episcopal Española, han tenido ocasión de venerar las reliquias de la santa en 180 localidades de 51 diócesis españolas en su XXVI Peregrinación Internacional. Además, se han vendido más de 120.000 ejemplares de libros sobre la vida de la santa de Lisieux, especialmente de «Historia de un alma», aumento de ventas que los editores encuentran extraordinario.

## Veintinueve misioneros católicos asesinados en 2003

LA agencia FIDES, agencia misionera de la Santa Sede, ha hecho pública la lista de los misioneros asesinados durante el ejercicio de su labor evangelizadora durante el pasado año 2003. La lista, ha remarcado la citada agencia, no es en

absoluto completa ya que representa sólo una pequeña parte de las muertes comprobadas de católicos a causa del testimonio de su fe.

En América Latina, Colombia, con seis asesinados (padre Nelson Gómez Bejarano, padre Jairo Garavito, padre Saulo Carreño, padre Henry Humberto López Cruz, padre José Rubín Rodríguez y Maritza Linares), vuelve a ser el país en el que es más peligroso ser misionero. Dos más han muerto en El Salvador (padre William De Jesús Ortez y Jaime Noel Quintanilla), uno en Brasil (padre Taddeo Gabrieli, OFM) y uno en Guatemala (padre José María Ruiz Furlan).

Diecisiete han sido los fallecidos en África: seis en Uganda (padre Mario Mantovani, el hermano Godfrey Kiryowa, padre Lawrence Oyuru y tres seminaristas menores), cinco en la República Democrática del Congo (padre Dieudonné Mvuzolo-Tovo, padre Raphael Ngona, padre Aimé Njabu, padre Francois Xavier Mateso y padre Alphonse Kavendiambuku), uno en Camerún (padre Anton Probst), uno en Burundi (Monseñor Michael Courtney), uno en Sudáfrica (padre Manus Campbell OFM), uno en Guinea Ecuatorial (Ana Isabel Sánchez Torralba), uno en Somalia (Annalena Tonelli) y uno en Kenya (padre Martin Macharia Njoroge).

Por último, dos han muerto en Asia: uno en la India (padre Sanjeevananda Swami) y otro en Pakistán (padre George Ibrahim).

## Año Santo Compostelano y Año Jubilar del Pilar

EL pasado 31 de diciembre, tras la Eucaristía presidida por monseñor Julián Barrio Barrio y la ritual procesión hasta la Puerta Santa de la catedral, donde se leyó un mensaje del Papa enviado para la ocasión, el arzobispo de Santiago de Compostela golpeó por tres veces la Puerta con un martillo y ésta se abrió, inaugurando oficialmente el Año Santo Jubilar Compostelano y con la esperanza de que la peregrinación a Santiago durante el Año Jubilar constituya un acontecimiento capital para la comunidad cristiana universal en el empeño de renovar la vitalidad de la fe.

Este Año Santo coincide con el Año Jubilar del Pilar, celebración del centenario de la coronación canónica de la imagen del Pilar (20 de mayo de

1905). Durante la tradicional misa en la medianoche del 1 de enero en la basílica de Nuestra Señora del Pilar, el arzobispo de Zaragoza, monseñor Elías Yanes, leyó el decreto de promulgación del Año Jubilar del Pilar. Este Año Jubilar Pilarista dará comienzo el 20 de mayo de 2004 y se clausurará solemnemente el domingo 22 de mayo de 2005.

### Año de la Eucaristía en Méjico

**L**A celebración el próximo mes de octubre en Guadalajara (Méjico) del Congreso Eucarístico Internacional ha motivado que los obispos de este país declaren el año 2004 «Año de la Eucaristía». El cardenal Norberto Rivera Carrera, arzobispo primado de Méjico, alentaba en su peregrinación oficial de año nuevo al Santuario de Guadalupe a que cada parroquia viva de manera especial e intensa en este año el culto eucarístico.

Días más tarde, el cardenal Rivera presidía la ceremonia de bendición y colocación de la primera piedra de lo que será el Santuario Nacional de San Juan Diego, situado a medio kilómetro del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en el Tepeyac.

### Toma posesión en Bagdad el nuevo patriarca caldeo

**S**U Beatitud Emmanuel III Delly tomó posesión el pasado 21 de diciembre, en la catedral de San José, como patriarca caldeo lanzando un llamamiento a la unidad de todos los iraquíes, en momentos en los que los cristianos del país se plantean cuál es su futuro, preocupados por manifestaciones de fundamentalismo islámico.

### 160 aniversario del «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen»

**C**ON ocasión del aniversario de la publicación del «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen», de san Luis María Grignon de Montfort, el Santo Padre ha querido di-

rigirse a toda la Familia montfortiana (la Compañía de María o Misioneros Montfortianos, las Hijas de la Sabiduría y los Hermanos de San Gabriel), recordándoles los puntos más sobresalientes de la espiritualidad de su santo fundador, recopilados magistralmente en este clásico de la espiritualidad mariana que es el «Tratado» y la influencia que ha tenido sobre la propia trayectoria espiritual del Papa, reflejada en su propio escudo episcopal en el lema «Totuus tus».

### Universidades católicas en el Tercer Mundo

**D**E acuerdo con el censo llevado a cabo por la Congregación vaticana para la Educación Católica, dos de cada tres universidades católicas están situadas en el Tercer Mundo.

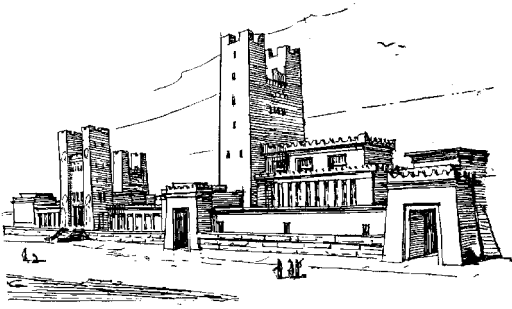
Concretamente, de las 1.358 universidades católicas del mundo —dirigidas por religiosos o laicos—, 802 están en países en vías de desarrollo, y además un importante porcentaje de éstas desenvuelven su actividad en sociedades no cristianas, especialmente en Asia: 291 en la India, 48 en Indonesia, 8 en Corea y 3 en Pakistán, por citar algunos ejemplos. Y es que «la presencia de las universidades católicas está en la línea de la evangelización. No sólo llevan el Evangelio al campo de las profesiones, a la sociedad; a veces, las escuelas son también la única presencia oficial de la Iglesia», explicó el subsecretario del dicasterio, monseñor Vincenzo Zani, a *Avvenire*.

### Las relaciones diplomáticas de la Santa Sede

**E**L tradicional encuentro que el Papa mantiene a principios de enero con el Cuerpo Diplomático reunió en esta ocasión a los representantes de los 174 estados que en la actualidad mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

El aumento del número de estados que mantienen relaciones diplomáticas con el Vaticano, 89 más desde que el cardenal Wojtyla subió a la cátedra de Pedro, da muestras una vez más de la catolicidad de la Iglesia y su llamada universal a la santidad.





## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Comunismo: el Papa recuerda a las víctimas del «Holodomor»

*Holodomor* es un término que aún no hemos incorporado a nuestro vocabulario habitual, como pueda ser el caso de *Shoa*, *Gulag* u otros de triste recuerdo. En este caso, se refiere también a un hecho tremendo: *Holodomor*, la «gran hambruna», la atroz carestía ordenada por Stalin entre 1932 y 1933 para eliminar a un pueblo, el ucraniano, refractario a la política de colectivizaciones forzadas. En estos tiempos de memoria histórica, tan frecuentemente distorsionada, el Papa ha querido, con motivo del ochenta aniversario del *Holodomor*, enviar un mensaje al cardenal Lubomyr Husar, arzobispo mayor de Lvov de los Ucranianos y al cardenal Marian Jaworsky, arzobispo de Lvov de los Latinos.

«El recuerdo de las vivencias dramáticas de un pueblo, además de ser un deber en sí mismo, se revela ahora más que nunca útil para suscitar en las nuevas generaciones el empeño de hacerse, en toda circunstancia, centinelas vigilantes del respeto de la dignidad de todo hombre» escribe el Santo Padre en dicho mensaje, recordando los millones de personas que «padecieron una muerte atroz por la nefasta eficacia de una ideología que, a lo largo de todo el siglo xx, ha causado sufrimiento y luto en muchas partes del mundo». Realmente, hay que tener una firmísima voluntad de cerrar los ojos a la realidad para seguir defendiendo, ni que sea con matices, el papel del comunismo en la historia.

### Sharon en Roma: «judíos, volved a Israel»

EN su visita a Roma a finales del pasado mes de noviembre, el primer ministro israelí retomó una de las ideas-fuerza más polémicas del sionismo: todo judío debe volver a Israel, puesto que «es el único lugar del mundo donde pueden vivir como judíos». La invitación fue realizada en el marco de un encuentro de Ariel Sharon con 150 representantes de la comunidad judía italiana. Añadió también que el objetivo de su gobierno era conseguir la llegada de al menos un millón de judíos.

Si bien existe un grave problema demográfico para los judíos en Israel, que contemplan la gran diferencia entre los índices de natalidad de árabes y judíos, aspecto éste que pone en cuestión el mismo futuro del estado de Israel, existen otras causas para la insistencia en el regreso de todos los judíos a Israel. Principalmente, la idea sionista de que los judíos sólo podrán ser un pueblo normal, como los demás, en un estado propio. La diáspora es pues vista como una anomalía que degrada a los mismos judíos diaspóricos y provoca al mismo tiempo la aparición de actitudes antisemitas en los países de acogida. No obstante, este llamamiento a la reunión de todos los judíos en Israel no ha sido fácil y las masas judías sólo emigraron cuando la situación se hizo insostenible (*pogroms* en Rusia, genocidio en Alemania).

El sionismo sólo admite una excepción a este llamamiento universal: Estados Unidos, donde la población judía se concentra especialmente en el área de Nueva York. Si en tiempos veterotestamentarios el pueblo judío, después de su exilio en Babilonia, siempre mantuvo una importante comunidad en la capital del Imperio, en nuestros días el mundo sionista asume esta bicefalia, con Jerusalén como centro de la vida judía y lugar de reunión de la mayoría del pueblo judío, junto con la existencia de una importante comunidad en la nueva capital imperial.

### Un joven estado nacional católico

LA inclusión de una referencia a sus raíces cristianas en la futura Constitución europea está siendo defendida en la actualidad por siete países (España, Polonia, Irlanda, Portugal, Malta, la República Checa y Eslovaquia). La mayor parte de ellos, a pesar de su inequívoca tradición cristiana, ya no incorporan ninguna referencia específica al cristianismo en sus propias «cartas magnas». No es el caso de Malta, que dentro del citado grupo se está destacando por ser la más firme defensora del reconocimiento expreso de nuestras raíces cristianas. Y es que Malta es, agárrense fuerte... ¡un estado confesionalmente católico!

En efecto, tras conseguir la independencia en 1964 se inició la redacción de su Constitución, aprobada

unos años más tarde, en la que su artículo segundo recoge los siguientes puntos:

1.- La religión de Malta es la Religión Católica Apostólica Romana.

2.- Las autoridades de la Iglesia Católica Apostólica Romana tienen el deber y el derecho de enseñar qué principios son verdaderos y cuáles son falsos.

3.- La enseñanza de la Fe Católica Apostólica Romana será impartida en todas las escuelas estatales como parte de la enseñanza obligatoria.

Esta tan notable constitución no hace más que reflejar la profunda fe de un país conformado por la religión católica. Enclave estratégico en el Mediterráneo, en él dejaron su impronta fenicios, cartagineses, romanos, árabes, normandos, españoles, la orden de los Caballeros de San Juan, franceses y el Imperio británico. Ya en el año 60 d.C., el apóstol san Pablo viajaba como prisionero en un barco con destino a Roma, pero no pudo llegar porque naufragó en las inmediaciones de la isla. La tradición indica que este hecho fue decisivo para los habitantes de Malta, que se convirtieron al cristianismo, siguiendo el ejemplo de Publio, el gobernador romano de la isla.

Desde entonces, el ritmo de vida de los malteses está modelado por su fe, hecho éste que se hace explícito en su capital, La Valletta. Construida tras el Gran Asedio otomano de 1565, que duró cuatro meses, el proyecto contó con la ayuda económica de Francia, Portugal, España (reinando Felipe II) y los Estados Pontificios. El resultado fue único, pues a su avanzado urbanismo y belleza se unió la expresión de su acendrada fe católica. Dos ejemplos bastarán para certificar esta afirmación. En primer lugar, se estableció que en todas las esquinas de la ciudad fuera esculpida la imagen de un santo. Por otro lado, se decidió edificar más iglesias que días del año para que así los habitantes de la isla pudieran ir a misa cada día en un templo distinto. A tenor de estos datos, y en vista del ordenamiento legislativo maltés, sería mucho más provechoso no ya que Malta entre en la Unión Europea, sino que ésta pida su urgente entrada en Malta. Todos saldríamos ganando.

## El papa habla al Cuerpo Diplomático

COMO ya viene siendo costumbre, con motivo de la audiencia que, con el fin de felicitar el año nuevo al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el Papa concede a dicho Cuerpo, el Santo Padre ha pronunciado un importante discurso en el que ha hecho balance de la situación internacional. Los puntos que ha destacado Juan Pa-

blo II y que, en sus propias palabras «acapanan su reflexión y oración», son los siguientes:

### 1. La paz siempre amenazada

Tras señalar «*el penoso conflicto acaecido en Iraq*» y los esfuerzos del Vaticano para evitarlo, el Papa vuelve su mirada a Israel, insistiendo en que el camino actual no puede llevar a la paz: «*La falta de resolución del problema israelo-palestino sigue siendo un factor de desestabilización permanente para toda la región, sin contar los inenarrables sufrimientos impuestos a las poblaciones israelí y palestina. No me cansaré jamás de repetir a los responsables de estos dos pueblos: la opción por las armas, el recurso por una parte al terrorismo y por otra parte a las represalias, la humillación del adversario, la propaganda del odio, no llevan a ninguna parte*». Para acabar, tras comentar los muchos conflictos que sacuden al continente africano y la muerte de varios diplomáticos vaticanos, el Papa recuerda la gravedad del fenómeno creciente del terrorismo internacional.

### 2. La fe: fuerza para construir la paz

En este punto, el Santo Padre recuerda que sólo puede alcanzarse la paz a través de la fe. Es por ello que «*la Iglesia católica pone a la disposición de todos el ejemplo de su unidad y de su universalidad, el testimonio de muchos santos que han sabido amar a sus enemigos, de muchos hombres políticos que han encontrado en el Evangelio el valor para vivir la caridad en los conflictos. Allí donde la paz está cuestionada, hay cristianos testimonian-do con palabras y hechos que la paz es posible*».

### 3. La amenaza del laicismo

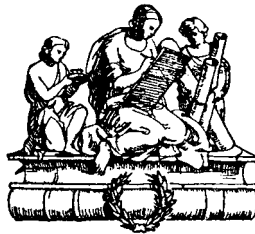
La ola de laicismo militante que recorre Europa y que es claramente hegemónica centra también las preocupaciones de Juan Pablo II. Esto le lleva a afirmar que «*Por desgracia, somos testigos, en los últimos tiempos, en ciertos países de Europa, de una actitud que podría poner en peligro el respeto efectivo de la libertad de religión. Si bien todo el mundo está de acuerdo en respetar el sentimiento religioso de los individuos, no se puede decir lo mismo del «hecho religioso», es decir, la dimensión social de las religiones*».

### 4. Que sean uno

En un mundo que necesita cada vez más del testimonio de la Iglesia, no es de extrañar que el Papa señale, como último punto, la importancia de la unidad de los cristianos para que acabe el escándalo de la división de los bautizados. Es por ello que aprovecha «*para recordar a todos los que invocan a Cristo la imperiosa necesidad de emprender con resolución el camino que lleva a la unidad como Cristo la quiere*».



# ORIENTACIONES



# BIBLIOGRÁFICAS

EVAN McIAN

Luigi Giussani

*El hombre y su destino*

Trad.: José M. Oriol, Carmen Giussani y Enrique Bicand.

Madrid, Encuentro, 2003

**S**i en algo debería dejarse aconsejar un católico por el fundador de uno de los movimientos de Iglesia más importantes de nuestro tiempo es en cómo evangelizar. En medio de tanta confusión mediática y cultural parece que podemos estar seguros de una cosa: como norma general, y respetando todas las excepciones, hoy por hoy el catolicismo es una vivencia más católica, esto es, más universal, en el seno de los movimientos eclesiales que en las parroquias, que parecen ir aceptando la inercia de su propia desaparición. Hablo de la mayor parte de las parroquias de Europa occidental, donde la secularización ha hecho más mella. Pero, curiosamente, esa Europa occidental también es la que está dando los carismas necesarios para que la fe no se pierda en el viejo continente.

Uno de esos carismas es «Comunión y Liberación», que nace de la experiencia de Don Giussani y sus alumnos en las aulas del «Liceo Berchet». Desde entonces, siempre ha seguido el mismo método: el realismo en el diagnóstico cultural que le permite saber a quién está educando, el intento de recuperar la razón de las ciencias del racionalismo, y la adhesión a la persona por amor a su destino y no necesariamente a sus ideas.

En el presente libro podemos observar todos estos componentes brillando en los diferentes textos. Los dos primeros son Ejercicios Espirituales celebrados en Rímini los años 97 y 98 para sus amigos de CL, y el tercero es una lección dictada a los responsables del movimiento en La Thuile. En todos estos textos llama la atención que van dirigidos al corazón del hombre, a su capacidad y deseo de entender. No son ejercicios para pasar unos cuantos días encerrado en la celda meditando, son enseñanzas cristianas para el mundo de hoy, no en el sentido de que se trate de un vademécum para actuar correctamente, sino en el sentido de que te dan la posibilidad de entender mejor el mundo en el que vivimos, la mentalidad común a la que pertenecemos, que tanto nos dificulta la vivencia de un catolicismo integral.

Para intentar ilustrar un poco esto, me centraré en una explicación que hace Giussani de cómo la fe ha sido vaciada por el racionalismo moderno de cinco modos distintos. En primer lugar, se busca el «Dios sin Cristo», es decir, se cae en el fideísmo, que «con técnicas y argumentos formalmente racionales, vacía de fundamento toda la experiencia cristiana, la conversión religiosa de nuestra vida, el sentido de Dios que tenemos y todo nuestro esfuerzo moral.».

En segundo lugar tenemos el «Cristo sin Iglesia», que

también podemos llamar «gnosticismo», y que va contra lo que afirma san Ireneo de que «Caro cardo salutis» («La carne es el eje de la salvación»), contra el sí de Pedro, que «se basa en ese atractivo, en el afecto que suscitaba Jesús mismo en carne y hueso. Porque fue un hombre concreto el que conmovió de aquel modo a Juan y Andrés».

En tercer lugar tenemos la tentación de la «Iglesia sin mundo», que Giussani llama de dos modos: «clericalismo» («imposición de leyes fijas, establecidas para cada aspecto de la vida, tendentes a describir la actitud que hay que tener en cada ámbito de la vida hasta llegar a regular todas las vicisitudes humanas, tal como sucede hoy») y «espiritualismo», que va contra lo que dice san Agustín de que la Iglesia es el mundo reconciliado con Dios, porque «concibe la salvación «escatológicamente», sólo en el último día. De este modo se vacía totalmente de contenido la salvación de lo humano tal y como es definida por la fe, porque la fe anuncia, tiende a realizar y realiza, en la medida de lo posible, la salvación del presente. Si se confina la salvación al último día se destruye de hecho la racionalidad de la fe, es decir, su humanidad, la concreción humana de nuestra relación con Cristo; y, por último, la razón misma de ser de la Iglesia en el mundo.»

La cuarta es el resultado de una «Iglesia sin mundo»: esto es, un «mundo sin yo». Porque, «si la Iglesia no tiene mundo, este mundo tiende a vivir sin el yo: es decir, se produce una alienación.» De este modo, sintéticamente, «El mundo termina por ser el ámbito de la existencia que define el poder y sus leyes. Mientras que el mundo es el ámbito en el que Cristo realiza con el tiempo la redención del hombre y de la historia.»

La quinta y final es que este yo alienado es un «yo sin Dios». «El yo sin Dios es un yo que no puede evitar el tedio y la náusea. Por eso simplemente se deja vivir: se puede sentir partícula del todo (panteísmo) o bien presa de la desesperación (por el prevalecer del mal y de la nada: el nihilismo).» Como dice Don Giussani: «estas dos teorías o posturas (nihilismo y panteísmo) dictan todos los comportamientos actuales; son las explicaciones únicas de la mentalidad común generalizada (y de la práctica más aún, sobre todo de la práctica) que invade y entorpece la cabeza y el corazón de todos, incluso de nosotros, los cristianos, y de muchos teólogos.»

La conclusión de este análisis que empieza por una manera equivocada de concebir a Dios y que acaba negando a Dios es que la lucha del católico es una lucha que empieza en él mismo, en su propia nada. Por eso nos ha dicho Giussani: «estamos juntos para arrancarnos de la nada en la que vivimos», para familiarizarnos con Cristo, para entender que «Cristo todo en todos» es necesario para que «Dios sea todo en todo». «La fórmula sintética que debemos desarrollar es: *Fe en Dios quiere decir fe en Cristo.*»



# emos leído

ALDOBRANDO VALS

## Algo falla en la música sacra

*Valentín Miserachs Grau, 60 años, desde hace ocho preside el Pontificio Instituto de música sacra, donde, como recuerda, la enseñanza, de acuerdo con las disposiciones del Concilio Vaticano II, se fundan en tres pilares: canto gregoriano, polifonía y música para órgano. En una reciente conferencia, con ocasión del centenario del motu proprio de san Pío X Inter sollicitudines, Miserachs se ha quejado de que, de hecho, vamos por otros caminos. Con efectos que juzga desastrosos, al límite del analfabetismo musical y litúrgico. «Nunca –afirma– se había visto una degeneración parecida a la actual». Reproducimos a continuación algunos fragmentos de su intervención que, a tenor de las últimas intervenciones del Papa al respecto, demuestran la importancia del tema y la sintonía plena con la Sede de Pedro:*

«Este silencio [acerca de las disposiciones del Concilio Vaticano II referentes a la música litúrgica] ha consentido de facto y pese a nobles esfuerzos para seguir por el camino recto, una anárquica proliferación de los más disparatados experimentos –algunos de buena fe– que, en muchos casos, han introducido en la música litúrgica un cúmulo de banalidad que va desde la música ligera de consumo a otros extravagantes productos exóticos, olvidando lo que el mismo Pablo VI había ordenado.

Creo necesaria pues una nueva reforma que, de una parte, coordine mejor los esfuerzos positivos que se han hecho y se hacen en la diversas iglesias locales y, por otra, recupere la trilogía dispuesta por el Concilio Vaticano II y recientemente repropuesta con fuerza por Juan Pablo II que tiene por fundamento el canto gregoriano y que se despliega en la polifonía y la música

de órgano, erradicando resueltamente todo aquello que, en el texto o en la música, sea indigno del culto y por ello inconveniente».

*Y aquí recuerda Miserachs lo que afirma la constitución dogmática Sacrosanctum Concilium: «La Iglesia reconoce el canto gregoriano como propio de la liturgia romana: por ello, en paridad de condiciones, se le reservará el puesto principal». Lo que le lleva a exclamar: «¡Qué panorama maravilloso aparece ante nuestros ojos leyendo estos textos! ¡Qué paisaje desolado constatamos en cambio, después de que durante cuarenta años hayan sido ignoradas las disposiciones conciliares, haciéndose a menudo exactamente lo contrario de lo que había sido prescrito!*

No sé si las autoridades competentes han valorado a fondo los efectos negativos de la nefasta praxis musical y sus repercusiones sobre la *lex orandi* y, en consecuencia, sobre la *lex credendi* [...]. Signo inequívoco del tremendo envilecimiento y de la errónea comprensión de la función del canto en la liturgia son las expresiones de uso corriente del tipo: «la celebración litúrgica ha sido animada, acompañada por el coro tal. Es evidente que quien se expresa de este modo no considera el canto litúrgico más que como un pasatiempo más o menos placentero».

*Y acaba, «Dejemos de lado toda prevención respecto del gregoriano y del latín: tomemos ejemplo de los países nórdicos e incluso de los países de misión. ¿Seremos los más recalcitrantes, nosotros que somos latinos por lengua, cultura y música?*

Hagamos todos los esfuerzos posibles para restaurar o instaurar la buena música en nuestras iglesias, inspirándonos en el lema que iluminó el pontificado de san Pío X y que constituye el programa que debería estimularnos a una incan-

sable renovación: «Instaurare omnia in Christo»».

## La paradoja de cierta criminalidad

*Trata Mauricio Blondet en Avvenire acerca del incremento sostenido en Italia de crímenes banales y sórdidos a la vez. Explosiones de ira que acaban en asesinatos sin motivo. También en España. Normal en una era de nihilismo ambiente, donde nada vale nada y todo está permitido. Escribe Blondet:*

«La crónica negra nos informa de estos casos, cada vez más frecuentes y extraños. Extraños porque carecen de un móvil, digamos, profesionalmente criminal. Propongo una explicación: la criminalidad tiende a ser una manifestación extrema de mala educación. La ordinariedad grosera y zafia, al alcanzar en algunos individuos el grado máximo de concentración, se convierte en delito. Fíjense: estos homicidas no proyectan su crimen, después de cometido no saben donde esconderse, no han preparado coartada ni escondite.

Las estadísticas lo confirman. En Italia descienden los homicidios gestados en los bajos fondos, mientras que crecen los cometidos en casa. Los italianos «normales» que asesinan a la novia que quiere dejarlos lo hacen porque nadie les ha enseñado (a bofetadas, cuando aún se estaba a tiempo) que el verdadero señor ciertas cosas no las hace. Que pegar a mujeres y niños, o sea, a débiles e indefensos, antes que un delito es un acto vergonzoso y vil. No es noble no saber soportar un dolor espiritual, obedecer a los impulsos ciegos de quien, justo después, se arrepiente (de hecho, el asesino grosero y maleducado tipo acaba suicidándose después). Habría que reflexionar sobre una so-

ciudad que crea estos tipos, llegados a este estado de bajeza moral después de una vida de gruñidos nocturnos con la televisión a todo trapo porque «yo hago lo que me da la gana».

### **Confesión, comunión y sotanas fuera del armario**

*Estas son las tres reglas que recomienda Eulogio López, desde su siempre certera y punzante carta en Hispanidad.com, para que la Iglesia encare con mayor ímpetu la nueva evangelización a la que nos llama el Papa. Nada nuevo, pues, pero lo único realmente eficaz. A años luz de los burocratizados planes pastorales que, cual jerifaltes soviéticos, nos empeñamos a perfeñar y corregir una y otra vez. Escribe Eulogio López: «El día 24 de diciembre me llama un amigo periodista, ningún meapilas, se lo aseguro, para felicitar me las Pascuas, pero audiblemente indignado me explica que lleva toda la mañana del día 24 buscando por Madrid (donde abundan las iglesias, se lo puedo asegurar) un cura para confesar sin ningún éxito. Las iglesias están abiertas, pero los confesionarios de las mismas, cerrados. Le doy un par de templos donde seguramente encontrará lo que busca. Pero, es cierto, resulta tarea difícil encontrar un confesor en la mayoría de las iglesias españolas. La gente confiesa poco, pero, si fuera por algunos clérigos, no confesarían nunca.*

En muchas diócesis se ha inventado la absurda norma de no confesar durante las misas. Es como si un hombre avergonzado de que le faltara un sólo dedo se cortara toda la mano. Porque la excusa es que quienes confiesan no siguen la Santa Misa. De esta manera, los clérigos laxos se frotan las manos: han conseguido evitar el suplicio del confesionario (lo es, en verdad, para todo buen sacerdote). Así, por ejemplo, con una misa por hora, a poco que se alargue, sólo quedarán diez minutos entre una celebración y otra, lapso en la que el sacerdote estará ocupadísimo preparando el sermón, saludando a la feligresía, preparando los cánticos... cualquier cosa

menos sentarse en el confesionario.

Es más, los párrocos, no en Madrid, sino en otras muchas diócesis españolas, aclaraban a los feligreses que no se podía venir a confesar durante las misas, y ponen cara de pocos amigos contra los feligreses que osen recordarles su obligación: que deben estar dispuestos a administrar la penitencia, aunque se les reclame a las cuatro de la madrugada. Y es que sin confesión, no hay Iglesia.

Ahora bien, y así entramos en la segunda norma, sin penitencia no hay Iglesia... y sin Eucaristía tampoco. La Iglesia tiene dos tipos de enemigos: los tontos y los listos. Los primeros suelen trabajar en televisión, e incordian con cuestiones tan banales como la doctrina sexual o alguna otra cuestión de segundo orden. Los listos, no. El verdadero objetivo de los enemigos más caracterizados de la Iglesia de Cristo es su obsesión por terminar con la Eucaristía. Saben que la única institución que, como diría Chesterton, ha sobrevivido a la caída de todos los imperios, civilizaciones y culturas, a pesar de la necesidad de muchos de sus ministros, pende de un hilo: si la Eucaristía dejara de celebrarse, la Iglesia se hundiría en el abismo, desaparecería, sería aniquilada.

Y ése es el objetivo: que deje de celebrarse la misa en todo el mundo. Como el asunto es complejo, se conforman con ningunear los sagrarios, eso sí, contando con el entusiasta apoyo de tanto estúpido como pulula por el mundo. Así, es hábito esconder el Sagrario, a ser posible en alguna capilla lateral, no vaya a ser que alguien lo vea. Nuestras iglesias modernas suelen estar presididas por imágenes del crucificado (en ocasiones, espantosas imágenes), desprovistas de reclinatorios (no vaya a ser que alguien realice una genuflexión ante el Santísimo) y con formas geométricas que tratan de dispersar la atención hacia cualquier lado, excepto hacia donde está el Señor de la Casa. En el fondo, toda arquitectura y toda decoración no es otra cosa que el establecimiento de una jerarquía material, donde el mobiliario expresa la relevancia de cada cosa o de cada persona en el hogar.

Por eso, cuando la vida de familia se desarrolla en la cocina, la cocina es una pieza amplia y cuidada. Y cuando se ventila en el salón, es ésta la pieza a la que se dedica más atención ornamental y donde los miembros del hogar se encuentran más a gusto.

Otrosí: en algunas iglesias el Santísimo no se expone nunca. Y esto es más importante de lo que pueda padecer, porque todos los enemigos de Cristo saben perfectamente que la exposición del Santísimo es un movimiento peligroso. Y es que corre el rumor, aún no contrastado (los rumores no contrastados suelen resultar ciertísimos), de que cuando el hombre ve a su Creador cara a cara, aunque sea en forma de pan de trigo, puede pasar cualquier cosa... cualquier cosa que los prudentes intentan evitar a cualquier precio.

Y tres. Muchas veces coincido en el metro madrileño con un sacerdote que tiene la osadía de caminar por la calle, bien embutido en una sotana (prenda horrible donde las haya) o con su clergyman. Para mayor provocación, el susodicho va leyendo el breviario, en lugar del último 'bestseller' o la prensa gratuita. No diré que a su alrededor se cree una nube de malestar, pero sí una cierta inquietud general. Como si oliera a tigre, o como si fuera un pájaro de mal agüero. También percibo alguna mirada de desprecio, cuando no de abierto odio, hacia ese 'marciano' que se atreve a andar por las calles exhibiendo su condición. Provocadora condición. Y es que la crisis de la Iglesia comenzó el día en que la gente empezó a sentir vergüenza de santiguarse en público al pasar delante de una iglesia. Y no porque esa devoción constituya la parte nuclear de la doctrina católica, pero tampoco un perfume de Channel se envuelve en papel de estraza.

Así que la salida de la crisis está clara: orden terminante a los curas: confesar, exponer el Santísimo y guardarle el debido respeto, y enfundarse en la sotana, una prenda que no quita el frío en invierno y hace sudar en verano: lo ideal para un cura».





## De otras fuentes

*Publicamos la traducción del artículo aparecido en la revista italiana Instaurare (mayo-agosto 2003) «Padre Pío, el capuchino de los estigmas». Su autor, Bernardino Montejano, es, profesor de filosofía del derecho y notario en Buenos Aires y dedicó este escrito «a los sacerdotes que sufren».*

[...]

El padre Pío de Pietrelcina fue un regalo de Dios al siglo xx. Durante medio siglo llevó dolorosamente los estigmas de Cristo y a imitación de Cristo pasó sus días y sus noches sufriendo y haciendo el bien. A sus sufrimientos físicos y espirituales por la salvación de tantas almas, se unieron los provocados por la incompreensión, la calumnia, la hostilidad, la persecución por parte de algunos de sus hermanos de Orden y de sacerdotes influyentes con cargos importantes en la Iglesia.

[...]

Se habló de él, se escribió de él... Fue condenado y se burlaron de él... Él callaba... Así llegó la segunda parte... viejas amarguras y también nuevos deseos de dinero, provocaron la nueva persecución contra el justo desarmado.

Vivió la amargura de procesos arbitrarios, de medidas muy duras, injuriosas, malignas, sin reaccionar y sin protestar... Fue aislado de sus amigos... Su puesto fue ocupado por sus adversarios, sostenidos por grandes apoyos, animados por el miserable rencor del mediocre, que no soporta la superioridad de la virtud. Sus hermanos fueron sus torturadores y aquel que, en la tradición de los capuchinos, le fue dado como apoyo de su vejez, fue su miserable traidor... Y mientras la Providencia callaba, también callaba él... Su humildad no disminuyó nunca, ni su obediencia, ni su caridad... y no perdió ni siquiera la confianza».

El padre Pío lo soportó todo, sostenido por la oración, y continuó haciendo el bien. Era un sacerdote, un pontífice, artífice de puentes entre Dios y los hombres, preocupado solamente de unir el tiempo a la eternidad.

Una vez le preguntaron: ¿quién es usted para nosotros? Él respondió: «Entre vosotros soy un fraile, en el altar soy la víctima, en el confesionario, el juez».

Hermano, víctima, juez. Como hermano se ocupó de su prójimo sufriendo, especialmente de los enfermos pobres y su gran obra material, la «Casa de Alivio del Sufrimiento», un hogar donde aliviar el dolor, fue su respuesta que dejó como signo.

Víctima, juez. Los dos ejes de su vida sacerdotal fueron el sacrificio de la Misa y el confesionario.

Hace tiempo, un ex alumno le explicaba con pena el abandono del sacerdocio por parte de su hermano pequeño y él añadía un comentario significativo: «el hecho es que son sacerdotes de guitarra y acampada», con lo que decía que no estaban preparados para soportar las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, nuestros tres enemigos.

No es que la guitarra, noble instrumento, y la acampada (que puede, más allá del desierto urbano, ayudarnos a través del contacto con la belleza de la creación a acercarnos a su Artífice), sean malos; siempre que no se olviden las claves que alimentan la vida sacerdotal, la Misa y la administración de los sacramentos, especialmente de la penitencia; si éstos se pierden se forman sacerdotes enfermizos, débiles, confundidos con lo mundano.

Después de su muerte, el papa Pablo VI, lo indicó como ejemplo para los capuchinos: «Seguid el ejemplo de vuestro santo hermano muerto hace poco tiempo, el padre Pío. ¡Mirad qué fama tiene! ¡Cuanta gente de todo el mundo ha reuni-

do con su Redentor! ¿Y por qué? ¿Era filósofo, sabio? ¿Disponía de medios enormes? No. Celebraba la Misa humildemente, confesaba desde la mañana a la tarde y era —es difícil decirlo— el representante de nuestro Señor, marcado por las llagas de nuestra Redención. Un hombre de oración y de sufrimientos. Ésta es la razón por la que sentimos hacia él un grato afecto» (20.2.71).

Era el mismo sacerdote que, inquieto ante la reforma litúrgica, pidió el 17 de febrero de 1965 poder continuar celebrando la misa según el rito tridentino. El Papa aceptó la petición y el 9 de marzo envió al cardenal Bacci a llevarle el indulto para que pudiese celebrar hasta su muerte con el rito tradicional. Le preocupaban al padre Pío las reformas y las novedades que agitaban la vida de la Iglesia; y por ello, después de haber agradecido al Cardenal el indulto concedido, le dijo como para darle un consejo: «El Concilio, por caridad, clausuradlo rápido».

El papa Juan Pablo II, en el discurso de agradecimiento dirigido al millón de peregrinos llegados a la beatificación, afirmaba: «La divina Providencia ha querido que el padre Pío fuese proclamado beato al final del gran jubileo del 2000, al final de un siglo dramático. ¿Cuál es el mensaje? El testimonio del padre Pío, visible en su vida y en su misma persona física, nos induce a creer que este mensaje coincide con el contenido esencial del jubileo ya próximo: Jesucristo es el único Salvador del mundo... Los grupos de oración y la Casa de Alivio del Sufrimiento son dos dones significativos que el padre Pío nos ha dejado. Hoy toda la Iglesia le agradece esta importante herencia, admira la santidad de este hijo suyo e invita a todos a seguir su ejemplo». Después del reino de las tinieblas, al final se hizo la luz.



## La unidad de los cristianos

Traemos este mes a esta sección conmemorativa de nuestra revista el recuerdo de una de sus secciones fijas, la de la explicación de la intención del Apostolado de la Oración. Cincuenta años atrás, la intención pontificia propuesta al A. de la O. era «que los hermanos separados vuelvan a la Iglesia de Cristo por medio de la Inmaculada Virgen».

El fundamento teológico de desear esta unión no es distinto del mandato de Jesucristo de predicar a todos los hombres para que todos los hombres se salven, pero se ve incrementada esta exigencia por el hecho desolador de que los mismos seguidores de Cristo se muestren hoy al mundo divididos en tres grandes grupos de católicos, protestantes y ortodoxos. Este tema de tanta actualidad nos invita, al hilo de esta conmemoración, a una reflexión actual.

La Iglesia, en su constante progreso en el mejor conocimiento de la voluntad de su fundador, Jesucristo, había iniciado el octavario por la unión de los cristianos en este mes de enero en que se celebra la conversión de san Pablo, hace ya cien años. Tal iniciativa surgió en el pontificado de san Pío X y recibió su aprobación. Esta es una de tantas iniciativas lideradas por este gran papa, aunque ahora se silencie también esta gloria que le pertenece. Cuando hoy se habla de esta cuestión se desconoce la tradición de esta iniciativa pontificia y se hace creer al pueblo cristiano que sólo recientemente, como un resultado del Concilio Vaticano II, la Iglesia ora por «la unión de todos los cristianos de las distintas confesiones» empleando además un lenguaje muy equívoco.

El lenguaje entonces empleado de «hermanos separados» para referirse a protestantes y ortodoxos implicaba tanto que ellos eran verdaderamente «hermanos», pues pertenecen a los seguidores de Cristo nuestro hermano mayor, el primogénito de todos nosotros, cuanto el hecho fáctico, esto es, histórico de que ellos «están separados» de la primitiva Iglesia de Cristo, llamada ya desde siempre «católica» no sólo ni principalmente porque está extendida por todo el orbe sino por cuanto contiene la totalidad de la revelación salvadora.

Es necesario juzgar de ambas confesiones cristianas pero no católicas por separado para dis-

tinguir y precisar las mutuas discrepancias. La Iglesia ortodoxa, de cuya formal separación se cumple este año el novecientos cincuenta aniversario, se llama a sí misma con tal adjetivo porque pretende tener la «recta interpretación» de la única fe. Y en verdad hemos de estar dispuestos a reconocer que su separación no ha de ser juzgada como la consumación lógica de una oposición formal a alguna de las definiciones que expresaron la «fe de los Padres», como se plasmaron en los siete primeros concilios ecuménicos, pues compartimos la totalidad de las definiciones trinitarias, cristológicas e incluso marianas (en la medida en que el misterio de la siempre Virgen María va asociado al misterio de la encarnación del Verbo). Obviamente la Iglesia católica es también ortodoxa en este sentido y el juicio que nuestros hermanos de Oriente hacen de la Iglesia católica versa literalmente sobre un artículo de nuestra común fe pero que es sólo una interpretación acerca de la terminología sobre la procesión del Espíritu Santo, el célebre «Filioque» que se emplea en nuestro credo y no es aceptado por la Iglesia ortodoxa. Tal cuestión es más de palabras que de contenidos pues los católicos afirmamos que el Padre es el origen así del Hijo como del Espíritu Santo y que al decir que el Espíritu Santo procede del Padre «y del Hijo» lo hacemos en el sentido de que procede de ambos «como de un único principio», según está expresamente definido en el Concilio de Florencia.

La separación entre ambas Iglesias, que se fue incoando en sucesivos acontecimientos, tuvo su origen más en rivalidades entre las dos capitales del antiguo Imperio romano que en fórmulas dogmáticas. Tal como lo expresa Francisco Canals al explicar el ambiente y la tensión al final del séptimo concilio ecuménico: «Se iniciaba una época en la que el distanciamiento occidental, principalmente franco, respecto del Imperio que tenía en Constantinopla su capital sería probablemente la causa más decisiva de lo que después hemos visto como separación cismática del Oriente ortodoxo respecto del pontificado romano».<sup>1</sup>

1. Francisco Canals Vidal, *Los siete primeros concilios*, Barcelona, Scire, 2003, p. 201.

*El comentario de la intención del Apostolado de la Oración, como podrá ver el lector más abajo, califica de «infausto» el día de la excomunión papal, precisamente porque se trató de un acontecimiento histórico que, con mejor conocimiento mutuo y mejor comprensión, pudo haberse evitado.*

*Es distinto el caso de nuestros hermanos protestantes con los que estamos separados por graves cuestiones doctrinales. Las distintas confesiones llamadas «reformadas» carecen del orden episcopal legítimo –incluidos los anglicanos–, aunque compartamos los concilios comunes anteriores al Concilio de Trento. Nuestras diferencias no fueron ni trinitarias ni cristológicas pero sí acerca de la economía de la salvación. El problema esencial fue la manera de entender la gracia santificadora, su acción y sus medios aunque no, ciertamente, su origen. El diálogo es además mucho más difícil con estas confesiones –que no Iglesias, como se dice abusivamente– supuesta su gran pluralidad. De hecho esta disgregación siempre fue y será un motivo que ha de hacer reflexionar a tales comunidades que han de mirar a la Iglesia católica como la que no se ha escindido y recordar, por lo mismo que desean, dónde está la unidad porque, en efecto, la unidad es nota esencial de la Iglesia de Cristo. Quizá conviene también recordar que está hoy muy extendido el llamado «protestantismo liberal» que se ha apartado radicalmente no sólo de muchos dogmas de la Iglesia católica sino incluso de las propias confesiones originarias del siglo XVI.*

*La encíclica Mortalium animos, del papa Pío XI, de 1928, se refiere al «retorno» de nuestros hermanos a la única Iglesia de Cristo y efectivamente tal era la fórmula de la oración, que ahora no se emplea. Pero no hay en ello ningún cambio esencial porque, en efecto, no se trata for-*

*malmente de que nuestros hermanos «vuelvan» sino de que «lleguen». A decir verdad –y pensando en el sentido preciso de las palabras– así como es cierto que no se trata formal y esencialmente de que «vuelvan» tampoco se trata simplemente de una «unión», que tiene el sentido de una cierta acción humana, como si ella fuera la causa eficiente, y que incluso podría interpretarse como el resultado de un cierto «compromiso» doctrinal. En rigor no se trata de una «unión» sino de la «unidad» como atributo trascendental que pertenece a la única Iglesia fundada por Jesucristo. Y es por ello que se ha de entender como una gracia que se ha de obtener principal y esencialmente de nuestras oraciones. No podemos menos de advertir el planteamiento naturalista y ecléctico del modo como suele enseñarse hoy la mal llamada «unión de las Iglesias».*

*Observemos que ya entonces la octava de oraciones pedía la «unidad» de la verdadera Iglesia de Cristo, pues lo esencial es que la separación fue contra la única Iglesia de Cristo. Y el mal en este sentido, esencial o incluso «accidental» en el sentido de que fue algo que aconteció, fue promovido por el «espíritu» de discordia que no sólo es un vicio y pecado capital humano sino que tiene también un instigador personal, el «enemigo de natura humana» como le llama san Ignacio. Y frente a este enemigo la mejor arma es la Inmaculada, la que aplasta la cabeza de la serpiente. Y en el año 1954, Año Santo Mariano, año del centenario de la proclamación de la Inmaculada Concepción por parte del hoy beato Pío IX la intención que el papa Pío XII proponía al Apostolado de la Oración era el poner a María Inmaculada como medio para obtener de su Hijo Jesucristo la tan deseada «unidad». Tal perspectiva sobrenatural es la que debemos tener también hoy cuando oramos por la unidad de los cristianos.*

## INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN PARA EL MES DE ENERO [DE 1954]

### **Que los hermanos separados vuelvan a la Iglesia de Cristo por medio de la Inmaculada Virgen**

**C**ELÉBRASE este mes la «octava mundial de oraciones» para unir a todos en la unidad de la verdadera Iglesia; y por eso se propone una intención en coherencia con ello. Conmemorando este año el centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, pedimos encarecidamente, por intercesión de la que «sola destruyó todas las herejías del universo mundo», que sea oído este deseo de

todos los cristianos, de volver otra vez a la unidad en la fe.

### **Que los hermanos separados vuelvan a la Iglesia de Cristo**

**P**ROPONGAMOS algunas razones que ayuden a explicar el celo y la oración de los católicos. Cuéntanse hoy en el mundo unos 180.000.000 de ortodoxos y 230.000.000 de protestantes; es decir, 410.000.000 de cristianos separadas de la verdadera Iglesia. Esto significa que la mitad de la grey

de Cristo va errando fuera del rebaño. ¿Puede un católico deseoso de la gloria de Dios, contemplar tranquilo esta miseria moral?

Urge, pues, la vuelta a la Iglesia de los hermanos separados.

Con el correr de los años, de tal manera surgen entre ellos divisiones y disensiones, que parece acercarse para algunos separados el día en que les será necesario elegir entre la fe y el materialismo, Roma y Moscú, Cristo y Anticristo.

### La vuelta de los hermanos separados por medio de la Inmaculada Virgen María

**C**ON la máxima confianza, pues, apoyen los cristianos, sus oraciones para implorar la vuelta a los pies de la Virgen Inmaculada, en las siguientes razones:

1. Porque como Madre de todos los hombres es también Madre de los separados, a todos los cuales quiere volver a la unidad. De que san Pablo llame a Cristo «Primogénito entre muchos hermanos» (Rom 7,29), y de las palabras de Jesús moribundo: «He aquí a tu hijo... He aquí a tu Madre» (Jn 19,27), queda manifiesto a la luz de la tradición cristiana que María es verdadera Madre espiritual de todos los hombres. Y que esta maternidad espiritual se extiende a todos los hombres –incluso a los herejes, cismáticos y paganos– queda claro con las palabras de Pío XI: «Habiendo tenido María en el Calvario encomendados a su maternal cuidado todos los hombres, no protege y ama menos a los que se ignoran redimidos por Cristo que a los que gozan felizmente de los beneficios de la misma redención» (Enc. *Rerum Ecclesiae*).

2. Porque, como dispensadora de todas las gracias, está presta a impetrar de su Hijo la gracia de la vuelta de los separados a la unidad de la Iglesia.

3. Porque, como vencedora de todas las herejías, tiene todo poder contra el espíritu de la mentira y el error.

De todos modos ha intentado el Espíritu de la mentira y el error destruir el culto de María en el mundo, mas las puertas del infierno nunca prevalecieron contra Ella.

a) Su principal dignidad, la maternidad divina, se la negó aquel Espíritu, pero el Concilio de Éfeso la afirmó solemnemente.

b) Quiso el mismo espíritu poner en duda la virginidad de la B. V. M., mas la Iglesia, en el Concilio de Letrán del año 649, afirmó claramente su perpetua virginidad.

c) Incluso a algunos doctores y santos les parecía que María no había estado siempre inmune del yugo del diablo. Contra los cuales solemnemente declaró el papa Pío IX, el día 8 de diciembre de 1854: «Que la doctrina que afirma que la B. V. María en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, y en previsión de los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, es revelada por Dios, y que debe ser, por consiguiente, firme y constantemente creída por todos los fieles».

4. Porque, como Inmaculada, reporta con Cristo una victoria continua, completa, definitiva sobre el mismo demonio, príncipe e instigador de toda división.

Cuando se afirma que María fue Inmaculada en su concepción, «ipso facto» se declara que nunca estuvo privada de la gracia de Dios por los fraudes del demonio.

Brillará, por consiguiente, para nosotros en este año en que se celebra el centenario de la proclamación de la Inmaculada Concepción, una gran esperanza de que impetremos las gracias especiales que aceleren la vuelta de los hermanos separados a la unidad de la Iglesia católica.

### Triste noveno centenario

**E**L día 16 de julio del año 1054, los legados del Sumo Pontífice, en la ciudad de Constantinopla, pusieron sobre el altar de la iglesia de Santa Sofía la bula de excomunión del patriarca Cerulario. Este infausto día es generalmente tenido como la consumación del cisma entre Roma y el Oriente cristiano, de aquel cisma que ha tenido y tiene tan deplorables secuelas. Quizá el Oriente y el Occidente, en nuestros tiempos, están pagando las gravísimas penas de aquel infausto acontecimiento.

Invítenos y úrjanos de modo particular tan triste centenario a multiplicar nuestras oraciones y penitencias para que cuanto antes cese la separación y se instaure la deseada unión.



# CONTRAPORTADA

«El matrimonio, unido indisolublemente por el amor, el verdadero, ha sido instituido por Dios.»

[...]

¡El matrimonio, unido indisolublemente por el amor, el verdadero, el de la donación mutua de los esposos que florece y fructifica en la vida de los hijos, ha sido instituido por Dios y conformado por su Ley, la Ley nueva, Ley de la gracia, que posibilita su cumplimiento íntegro y gratificador!

Ignorar esta verdad espiritual y moral, verdad constitutiva del matrimonio y de la familia, ha sido una tentación constante de la historia, agravada en nuestro tiempo hasta límites de una radicalidad insospechada. No sólo se afirma la competencia política, jurídica y cultural del hombre para modelar matrimonio y familia como materia sujeta a su libre disposición según criterios de un pragmatismo social, más o menos razonable, aunque tocado de egoísmo –lo que ha venido siendo habitual en las sociedades y comunidades políticas vertebradas por el laicismo agnóstico de los últimos dos siglos– sino que además no se vacila ante su completa manipulación. Al pretender equiparar a la familia, nacida y entrañada en el matrimonio indisoluble del varón y la mujer, a uniones de todo tipo, incluso, a las incapaces por naturaleza para tener hijos, se termina por la destrucción institucional sistemática de la célula primera de la sociedad. Las dramáticas consecuencias del rechazo del modelo de Dios no se han hecho esperar. Están a la vista de cualquier observador y conocedor objetivo de lo que está pasando en el momento actual de Europa: sociedades avejentadas, amenazadas por una más que probable quiebra de los sistemas de su seguridad social, crecientemente insensibles a las exigencias de la solidaridad mutua, nacional e internacional, hoscas y sin pulso creador, en las que se multiplica el dolor y sufrimiento de los niños y de los jóvenes por las rupturas de sus padres y la pérdida del insustituible ambiente familiar que se crea y se recrea al calor del hogar paterno.

[...]

En una cultura como la nuestra donde se ensalzan y difunden con un despliegue publicitario sin precedentes modelos de conducta personal y colectiva, marcados por la ruptura de la relación «amor y vida» y por la subyacente banalización hedonista de la experiencia del amor, entre el varón y la mujer, cuando no de su inversión antinatural, reduciéndola a mero contacto sexual, sólo se abrirá paso la Buena Noticia del «amor que nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios» por el testimonio de vida de las familias cristianas y del tesoro del amor que encierran: divino-humano. [...] En esta coyuntura histórica de tanta contradicción y perplejidad para la familia cristiana, ayuda especialmente el modelo de la Sagrada Familia y su experiencia singular de obediencia a la voluntad de Dios.

[...]

*Homilía del cardenal Rouco Varela, arzobispo de Madrid, el día de la fiesta de la Sagrada Familia (28 de diciembre de 2003). Véase en las páginas 34-35 el texto completo.*